

Capitalismo Cognitivo e Industrias Culturales. Una lectura crítica desde el Sur

*Francisco Sierra Caballero*¹³

Introducción

La transformación revolucionaria de los medios y dispositivos de ampliación del espacio público, experimentada con la sociedad global de la información y del conocimiento, define, en nuestro tiempo, un nuevo marco político de cooperación y formación de la ciudadanía, basado en la centralidad de las industrias culturales, y en general, en la determinación de los procesos de desarrollo social por el capital simbólico y el llamado trabajo inmaterial. El desarrollo exponencial de los sistemas de información y conocimiento plantea a este respecto nuevas problemáticas en materia de políticas de comunicación y cultura, especialmente si pensamos el cambio social asociado con las nuevas tecnologías desde el espacio geopolítico de América Latina, cuyo desarrollo histórico ha sido tradicionalmente dependiente.

Definir claros objetivos y estrategias de futuro, de cara a la definición de este nuevo ámbito común de colaboración y desarrollo regional desde el punto de vista de la teoría y la praxis cultural de las políticas públicas, constituye uno de los objetivos básicos de nuestro tiempo, y en la misma medida un reto en la agenda de investigación y desarrollo de las agencias de gobierno y los centros de educación superior, en un entorno alterado por la revolución digital. Asociadas a las NTIC (Nuevas

13 Ver <<http://www.franciscosierrecaballero.com>>.

Tecnologías de la Información y la Comunicación) se ha producido en las dos últimas décadas una intensificación de los intercambios comerciales y financieros y el incremento de las relaciones culturales, científicas y académicas sin parangón en la historia, desde el punto de vista de las cotas y dimensiones económicas y materiales, que apunta la pertinencia del análisis y estudio de la Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (EPC) a partir de nuevas matrices epistémicas.

El presente aporte tiene por objeto abrir al debate, en una perspectiva regional, tales cuestiones, reconociendo la centralidad de la subsunción del trabajo intelectual en las actuales estructuras de reproducción social. Asumir la centralidad y pertinencia de procesos de regulación de la propiedad intelectual de iniciativas, como el Código Ingenios en Ecuador, es la hipótesis de partida del presente artículo. Este trabajo trata de identificar nuevas herramientas de análisis capaces de poner en evidencia las emergentes relaciones de poder, la consolidación de la hegemonía y la geopolítica del conocimiento en el nuevo proceso de integración regional y la disputa internacional que lidera el nuevo regionalismo latinoamericano.

En definitiva, trataremos en las siguientes páginas de identificar los elementos y contradicciones que cercan la posibilidad de una economía autónoma de los bienes comunes de información y conocimiento regional desde la crítica de la economía política, con el fin de vislumbrar alternativas democráticas y modelos emergentes de resistencia social en la aplicación de los derechos de acceso libre y abierto al conocimiento, a la ciencia, y la cultura. Pues, entendemos, en esta línea de trabajo, que afirmar, con Laclau, el conflicto como potencia, como política y radicalización de la democracia, cuestionando la estética y ‘anestésica’ de la comunicación como dominio, es definir un campo de disputa y antagonismo tanto como de ruptura y debate epistemológico.

Si la política es el arte de lo posible, la voluntad incisiva, la razón de ser de una propuesta como esta, no es otra, de acuerdo con esta línea de pensamiento, que apuntar las perspectivas de lucha por la ciudadanía en la región, aportando elementos para la democracia deliberativa y la

participación y acción transformadora de los actores sociales en coherencia con la memoria de las luchas y proyectos liberadores que históricamente han venido pensándose en la región, más allá de los fallidos proyectos y debates académicos sobre la integración regional en materia de comunicación. La propuesta, en fin, no puede ser más pertinente y oportuna. Como señalaron Adorno y Horkheimer, en un momento en el que la actividad científica moderna cede su lugar a una tendencial decadencia de la cultura teórica, y en general de la capacidad crítica y emancipatoria del pensamiento como promesa o esperanza histórica, el cuestionamiento de las políticas de comunicación y la economía política de las industrias culturales puede contribuir a sentar las bases de una lectura distanciada, en los tiempos convulsos que vivimos, de las iniciativas, debates y tendencias dominantes en el mercado y la política institucional. Este ha sido un reto, sin lugar a dudas, prioritario en la agenda académica para el desarrollo autónomo de nuestros países, por la posición subalterna e históricamente dependiente que han tenido nuestras democracias en la periferia del sistema hegemónico de comunicación. Valga pues este ensayo como un aporte al proyecto común de construir espacios de disenso regional en un mundo que de nuevo valida la proclama de socialismo o barbarie.

Diversidad, Geopolítica y Espacio Lationamericano de Comunicación

América Latina constituye, como sabemos, un territorio y geopolítica de la cultura de grandes simbiosis y colonizaciones, de migraciones y mestizajes varios que determina un marco político conflictivo y liberador de toda política de diversidad cultural, y por descontado en las prácticas de intervención, ya que la riqueza y aportaciones, físicas y simbólicas, de esta historia común alimentan aún hoy culturas e identidades fuertes por su apertura al exterior, originales por sus puertas abiertas a los puentes de comunicación con otras civilizaciones, y potencialmente autónomas en la posibilidad de proyectar nuevos contenidos y códigos

de representación basados, lógicamente, en la capacidad de politizar el acceso a la palabra de minorías como los pueblos indígenas. El original sincretismo que ha marcado las historias locales del subcontinente, fruto de diversas movilidades y cambios históricos de largo recorrido, da cuenta, en este sentido, de un potencial insuficientemente explorado en las agendas de política pública, a la hora de tratar de comprender la confluencia y cruces de culturas precolombinas y migrantes, la producción de múltiples mediaciones e hibridaciones creativas, en el origen de otra modernidad sensible a esta rica diversidad, más aún en la era de las multitudes proliferantes que tienen lugar con el uso de las redes digitales.

La diferencia debería constituir, en este sentido, un capital social de obligada referencia en la creación del poder constituyente y las posibilidades del desarrollo regional. Pues en la era de la denominada economía creativa, este valor, el de la diversidad, se ha constituido en la condición de expansión y desarrollo económico contemporáneo, esto es, en la base o reserva de generación de valores inmateriales para la sustentabilidad de las economías y ecosistemas culturales autóctonos. A ello precisamente apela René Ramírez (2014) cuando defiende la virtud de los comunes como una política basada en el trinomio creatividad, innovación y conocimiento, aspectos consustanciales a las culturas populares latinoamericanas que Celso Furtado supo ver para plantear críticamente, por vez primera en la historia de la región, el modelo civilizatorio, la matriz productiva dependencista que sostenía en posiciones adversas a los pueblos y culturas del subcontinente. En palabras de René Ramírez, digno heredero del gran Furtado, no puede haber democracia de calidad con pobreza estructural; y no se podrá salir de la pobreza estructural ni que la vida sea sostenible si no se cambia el patrón de acumulación de la economía. De ahí la necesidad de producir un cambio en la matriz productiva para que sea democratizante y democratizadora y que proteja la reproductividad de la vida humana y de la naturaleza cultivando su biodiversidad a partir de nuevas matrices cognitivas.

En términos de Bourdieu, ello presupone el estudio del poder simbólico, definido como la capacidad de construir la realidad y los modelos

de desarrollo, estableciendo un orden gnoseológico que determina el sentido de lo social, el significado directo del mundo o entorno a través de los discursos y signos culturales. Desde el punto de vista formal, por tanto, es preciso un análisis sociológico de las estructuras de construcción simbólica de la comunicación y la cultura. Toda mediación comprende y proyecta espacios de reproducción del capital cultural, social y simbólico que deben ser analizados en tanto construcción de las formas estratificadas y jerárquicas de consumo, producción del gusto y acceso a los códigos culturales. Así, las relaciones articuladas en forma autónoma por los medios e industrias de la conciencia condicionan la interrelación entre individuos y grupos en el acceso y control del capital cultural necesario para su expresión y desarrollo social.

Sabemos que la producción del espacio público y sus mediaciones interviene intensiva y extensivamente en la producción de lo común y de las subjetividades. Y hoy por hoy este proceso está hipermediatizado; de ahí el abordaje desde la sociología del consumo y el análisis de la reproducción social. La comunicación y la cultura son campos en construcción al tiempo que un interfaz de problematización del conjunto de las ciencias, como sabemos desde la cibernética y la teoría de la información, y como hoy asumimos con el giro lingüístico en las Ciencias Sociales y nuevas propuestas analíticas como las que sugiere el concepto de industrias creativas. En cierto sentido, por tanto, el propio concepto de mediación, en el sentido del profesor Martín Serrano, y el objeto formal de las políticas de comunicación y las industrias creativas son el análisis de las interfaces, de las relaciones y vínculos conectivos de articulación, el análisis de la cultura como vector transformacional de las condiciones materiales y objetivas de la realidad social en virtud del poder creativo del lenguaje de los vínculos.

Al ser, en la sociedad contemporánea, el sistema económico dominante capitalista, el análisis de las políticas de comunicación y las industrias creativas debe ser concebido como crítica de la mediación 'mercificada'. Ello significa un análisis de las formas de organización industrial, de los modelos de distribución de códigos y las dinámicas

sociales de acceso y apropiación de la mediación social, en un sentido genérico. De acuerdo con la EPC, nuestro marco epistémico de referencia, la cultura es producida y reproducida a partir de relaciones de dominación y subordinación que reproducen y alimentan estructuras preexistentes de poder. Ello supone abordar el estudio de las clases sociales, así como otras variables determinantes en el acceso al capital cultural (género, etnia, territorio, etc.). Dada la centralidad del trabajo en el proceso de mediación, será el factor clase social el principal objeto de estudio, pues, como apunta Mosco, la categoría de clase social nos permite ilustrar cómo las élites mediáticas producen y reproducen las formas hegemónicas de control ampliando el negocio de las industrias culturales, definiendo formas de división del trabajo e integración particulares que atraviesan a posteriori otras dimensiones y variables del ser social. Ahora bien, somos conscientes que desde el punto de vista del objeto material, el campo de estudios en materia de políticas de comunicación e industrias creativas trasciende el problema de la reproducción ideológica de la estructura de clases, al comprender múltiples elementos y realidades del nuevo modelo de desarrollo social, que han de ser tomadas en cuenta desde una mirada integral. A saber:

- Relaciones de trabajo y organización del capital simbólico.
- Regulación y derechos culturales.
- Memoria cultural y gestión del conocimiento.
- Territorio, identidad y producción común del desarrollo local.
- Clusters y economía inmaterial.
- Marketing urbano.
- Ocio y consumo cultural.
- Estéticas de la creatividad y mediación institucional.
- Política industrial y desarrollo tecnológico.
- Tecnopolos y política científica.

En todos y cada uno de estos procesos y formas concretas de intervención de las mediaciones sociales operan puntos y visiones de observación, tradicionalmente dicotómicas, que afectan a la visión material y

específica del sentido de lo social, pues tienen que ver directamente con las nociones de lo público y lo privado, de la cultura y la naturaleza, de lo material y lo espiritual, de la producción y del consumo, y de las formas de producción y reproducción de lo social. Mas a diferencia de la concepción canónica de las políticas de comunicación, básicamente centradas en la industria mediática, la cuestión transversal del desarrollo inscribe, desde este punto de vista, el problema de la mediación en el Capitalismo Cognitivo más allá de los parámetros convencionalmente aceptados en esta área de estudios de la Comunicología, incluyendo, en consecuencia, en la definición formal, áreas disciplinares como las artes, el diseño, la antropología, la sociología de la innovación, como desde luego la propia economía de la cultura. Este proceso de articulación y convergencia es la razón que justifica la pertinencia de la noción de ecologías de vida y la defensa de una economía de los bienes comunes en materia de comunicación y cultura, más aún desde y para el Sur, históricamente sometido a una expoliación sin límites, hoy desplegada por el capital financiero y las corporaciones de telecomunicaciones, que dominan la industria cultural a escala planetaria.

Biosocialismo y economía de los bienes comunes

De acuerdo con David Harvey, “el capitalismo del siglo XXI parece estar tejiendo ahora una red de restricciones en las que los rentistas, los comerciantes, los magnates de los medios y la comunicación y sobre todo los grandes financieros exprimen despiadadamente el fluido vital del capital industrial productivo” (Harvey, 2014, p. 178). Ello es posible, especialmente a partir de la década de los ochenta, porque la revolución espacio-temporal de las TIC ha intensificado la movilidad del capital-dinero contribuyendo a la financiarización de la economía. El papel de los medios de comunicación como intermediarios simbólicos de rentistas adquiere una relevancia que ha de ser pensada en el ciclo de acumulación del capital respecto al sector industrial y desde luego en lo que concierne a la industria periodística tradicional, por ejemplo analizando

las imágenes de la crisis y las mediaciones de la cultura de dominio. No otra cosa hizo la teoría crítica desde Benjamin si no repensar los núcleos de fantasía hoy sintomáticos en procesos como el de Grecia o España, por lo que respecta a la dinámica financiera y el papel de la información como vector de acumulación especulativa en el proceso de desposesión que impone en la actual fase de desarrollo el Capital. Ahora ello solo es posible en la era del trabajo inmaterial desde nuevas bases epistémicas, a partir de nuevas miradas y rupturas cognitivas con las cuales actualizar el pensamiento emancipador, apuntando, cuando menos, tres frentes culturales estratégicos en América Latina:

1. La dominancia de la imagen-poder de una nueva biopolítica que en Latinoamérica tiene mucho que ver con el *revival* neobarroco del exceso y la captura de la vida toda por el capital financiero global, y antes por la lógica de división internacional del trabajo del capitalismo monopolista, ya descrita por la teoría de la dependencia y hoy de viva actualidad a través de una relectura productiva de la hipótesis del *ethos* barroco que apunta Bolívar Echeverría.
2. La decolonialidad del saber-poder para una epistemología del Sur que autores como Castro-Gómez, Dussel o Quijano proponen en ciencias sociales para comprender la diferencial Modernidad experimentada en la región.
3. La invención de nuevas bases teóricas y métodos de intervención que trasciendan la antropofagia hegemónica en las culturas populares. Esto es, una nueva política y episteme que, necesariamente, debería comenzar por dar cuenta de la diversidad cultural en el campo de las mediaciones simbólicas del espacio geopolítico de América Latina, ausente por omisión o clara intencionalidad en la agenda teórica del Norte, poco dada a conocer otras lecturas fuera del marcado etnocentrismo científico-técnico que prevalece incluso en la lectura de la escuela francesa importada por los campus estadounidenses, tan dados, no casualmente desde la revolución conservadora

neoliberal de los ochenta, a la lectura de las tecnologías del yo en Foucault y otros autores de referencia.

Se trata, en fin, no de otra cosa que hacer de la necesidad una virtud, asumiendo que desde la periferia se piensa mejor pues se lo hace intempestivamente, a partir de la diversidad, en la lucha epistemológica contra el Capitalismo Cognitivo a partir de las preguntas esenciales comunes a todo pensamiento negativo: conocer 'qué', para 'quién', desde 'dónde'.

Si la crítica es amplitud de miras, conocimiento certero, en el sentido de Gramsci, sobre las condiciones históricas y materiales que median toda posibilidad de conocimiento –la conciencia posible, en el sentido de Luckács–, definir una agenda de futuro para la comunicación regional pasa por la asunción de este programa de investigación, una suerte de bienvenida al desierto de lo real-concreto a la hora de comprender la destrucción creativa del capitalismo salvaje que evidencia la orfandad o desértica posición en la que habitamos durante tantos años los partidarios de la teoría crítica. Justamente por la renuncia a retornar a nuestros principios básicos comenzando por la imagen gramsciana de articulación del doble poder. Por negarnos a retornar, en suma, a la escritura de la explotación en un espacio geopolítico y cultural con fuerte tradición crítica pero colonizada desde la década perdida por relatos y narrativas negadoras de los devastadores efectos de la razón como panoplia del dominio eurocéntrico y colonial del saber al servicio de la dominación y la servidumbre. Este es el punto de partida para comprender la naturaleza de la revolución económica en curso cuya naturaleza es esencialmente cultural e ideológica, de acuerdo al primer principio de la imagen-poder.

Decía el filósofo sardo que la esencia de la revolución americana, la transformación fordista-taylorista, consistía sobre todo en la radical alteración del modelo de reproducción cultural. Desde entonces las homologías entre sistema productivo y educación han sido permanentes en la teoría crítica de la mediación. El neoliberalismo ha tendido a ocultar lo que es un hecho, por ello no planifica consciente y sistemáticamente los procesos de articulación sociocultural y tiende a confiar en la panoplia argumental de la difusa noción de destrucción creativa toda forma

de organización. Frente a esta lógica, una política emancipadora pasa por una mediación reflexiva entre actividad productiva y formación del talento humano, haciendo real la utopía gramsciana de su proyecto de construcción de hegemonía: de la disciplina del capital a la autodisciplina de la fuerza creativa. No otra cosa es la emancipación que, como explicara Castoriadis, el permanente afán de autosuperación, y en política pública la dirección económica, política y cultural, que en Ecuador ha significado el paso:

- Del Consenso de Washington al ALBA, aurora de la utopía de la equidad posible.
- De la fuga de cerebros a la acumulación de talento y capital cognitivo en el país.
- De la escuela privada y de pocos a la educación para todos.
- Del conocimiento cercado al saber concebido como bien común.
- De la penuria y economía del conocimiento basada en la escasez a la excelencia y meritocracia como valor compartido.
- De la educación instrumental a la educación innovadora.
- De la universidad de las élites a la universidad popular.
- De la cultura del abandono y el fracaso escolar a la cultura del esfuerzo y la excelencia.
- De la universidad endogámica y provinciana a la internacionalización y cooperación Sur-Sur.
- De la maximización de ganancias y la lógica del lucro (hoy cuestionada como modelo en Chile) a la socialización de saberes.
- De la universidad patriarcal excluyente a la universidad violeta y los estudios de género.
- De la universidad-fábrica social fordista a la Economía Social del Conocimiento.
- De la universidad reproductiva de saberes muertos a la universidad viva y transformadora y la educación para el cambio social.
- De la educación etnocéntrica a la cultura dialógica y pluricultural.

- Y del I+D+i a la agenda de investigación responsable, el emprendizaje social y solidario y la innovación (IR+ESS+IS).

Hablamos de un cambio que puede resumirse en el paso del paradigma Chile al paradigma Ecuador. La primera revolución educativa en la región fue la moderna reforma argentina. Los ochenta, la década perdida, fue el tiempo de la contrarreforma neoliberal y terrorista de Chile, y hoy emerge y domina el escenario el modelo de política científica y tecnológica del Ecuador en una apuesta y transición al biosocialismo del buen vivir: del trabajo muerto y los paraísos fiscales al trabajo vivo, a la educación como espacio de construcción del buen vivir, en el paso de lo individual a lo social-colectivo y de lo privado a lo público-comunitario. La experiencia ecuatoriana demuestra la falacia del discurso neoliberal que algunos comprobamos ya en Brasil con la crítica al sistema de cuotas raciales. La élite paulistana cuestionaba en instituciones de referencia como la USP la posible pérdida de calidad universitaria por las políticas de equidad. Pero en el paso del capitalismo industrial al Capitalismo Cognitivo, radicalizar la democracia, cambiar la matriz productiva en un modelo de acumulación flexible, pasa por la emancipación social, pasa por democratizar la democracia, superando la división internacional del trabajo cultural por la puesta en valor de la vida, del bioconocimiento, del conocimiento sensible, evitando, como reivindica Boaventura de Sousa Santos, el desperdicio de la experiencia, la potencia creativa, de las multitudes, de la gente común, de los ciudadanos.

La virtud de los comunes es precisamente el círculo virtuoso de puesta en valor de la biodiversidad, la educación, la ciencia y la tecnología como valores agregados. Y ello solo es posible con dirección política, con liderazgo, con un proyecto nacional como el que se fijó en el Plan Nacional del Buen Vivir por Senplades. Un nuevo socialismo de *sumak kawsay* que demuestra que, de nuevo, América Latina lidera la innovación, aporta al pensamiento nuevos conceptos matriciales para una ruptura epistemológica de la Modernidad colonial en la región. La originalidad del socialismo del buen vivir no solo está inspirando en todo el mundo

nuevas miradas y reflexiones, además está dando lugar a nuevas formas y propuestas de gobernanza como el Código Ingenios. Una iniciativa que ilustra la decidida voluntad política por una nueva institucionalidad en la región, aspecto este central, de acuerdo con Holloway, y como es evidente en los escritos de Negri, para un nuevo modelo de reproducción social. Este y no otro es el principal problema intelectual para quien asume, de partida, el principio de complejidad de Edgar Morin, en el diseño de nuevas ecologías de vida y alternativas democráticas.

Frente al síndrome de Diógenes y la acumulación consumista y privativa del capital, la propuesta del Código Ingenios, hecha política pública, resulta además de pertinente necesaria, pues se trata de la reivindicación de la virtud de los comunes que es tanto como aprender el reto de la transversalidad, el lenguaje de los vínculos. Y esta no es una propuesta solo teórica, es pura praxis. En Ecuador, se están articulando redes de inteligencia colectiva, espacios sociales de creatividad compartida, liderada por los más jóvenes, que apuntan a la emergencia de un nuevo modelo social en la región. En este marco, de acuerdo con René Ramírez (2014, p. 13), “si en el diseño institucional del capitalismo neoliberal la panacea fue la construcción de paraísos fiscales donde circule libremente el capital, en el socialismo del buen vivir se busca construir paraísos de conocimientos abiertos donde circulen libremente las ideas y los individuos sean libres en su búsqueda creativa por el bien común de la humanidad y del planeta”. Esta es la apuesta virtuosa de los comunes: la socialización de la información y del conocimiento frente a la política del copyright que “propugna un neodependentismo programado a través de la articulación de grandes corporaciones transnacionales que trabajan en connivencia con el Estado y con la aquiescencia de este, protegen el manejo comercial de la propiedad intelectual en los flujos globales” (Ramírez, 2014, p. 5).

El gran reto de la economía política contemporánea es por ello, más allá del derecho internacional público, la crítica de la ingeniería institucional del OMC y la OMPI que expropiaron, con violencia, simbólica y material, a los pueblos y países periféricos del conocimiento por la vía

violenta de la desposesión (llámese migraciones de talento o sanciones comerciales) lo que hace hoy posible el dominio de Monsanto o de la industria cultural americana. Y ello porque, como demuestra Elinor Ostrom, no hay reglas claras en el comercio internacional, la supervisión, tal y como demuestra el caso de Estados Unidos y Europa, es inexistente y, finalmente, las relaciones internacionales y la lógica destructiva neoliberal no trabajan en pro del beneficio mutuo y el bien común.

El reto que nos plantea, en este escenario, pensar las políticas de comunicación en la era de la economía creativa es dibujar el escenario de las nuevas ecologías de vida, aprender, como apunta Joost Smiers, sobre propiedad intelectual, los diseños normativos adecuados a un modelo de biosocialismo del buen vivir que promueva la propiedad colectiva del trabajo inmaterial, del conocimiento creativo y compartible por todos, sin límites, salvo la apropiación privada y los cercamientos que amenazan la biodiversidad. Las externalidades positivas, el proceso de polinización precisa para ello, frente a la tragedia actual de los comunes, tecnologías abiertas y ecosistemas institucionales que promuevan el encuentro y la innovación social, lógicas de mediación que articulen procesos de auto-reconocimiento, dinámicas de autonomía y cogestión social, redefiniendo el papel y centralidad del Estado. En esta ruta o carta de navegación, no existe un manual de instrucciones. Hay experiencias incipientes, eso sí, como la de Ecuador, que ponen en pie principios y políticas de la esperanza, no fórmulas cerradas. El amor, como la vida, las pasiones como la expresión artística, no son para codificarse, sino para vivir y transformar el mundo. Este es el reto de una nueva práctica teórica, la propuesta que vislumbra con inteligencia, compromiso y originalidad las formas de lo social, conscientes que otra Economía Social del Conocimiento es posible.

Cultura, TIC y desarrollo

Si la cultura, en definición de la RAE, es un conjunto de modos de vida, costumbres, conocimientos y niveles de desarrollo científico, artístico y económico que conforman los valores, normas y pautas de compor-

tamiento de dicha colectividad, la producción, difusión y consumo de bienes culturales, presupone el reconocimiento de un derecho común, de una dimensión pública. Si aceptamos que todo derecho es una producción cultural sujeto a luchas y conquistas políticas como resultado de un proceso de construcción colectiva y de asignación de valor que da sentido común a la existencia, definiendo los puntos de consenso y producción de la ciudadanía, la comunicación constituye, nadie hoy lo discute apenas, un espacio de traducción de lo cultural que hace posible el habitar humano con los otros, esto es, la propia posibilidad de desarrollo.

Al ser la comunicación un hacer relacional, define las formas intersubjetivas de conciencia y participación conjunta de los actores sociales como espacio de articulación del cambio social y de las políticas de producción de los imaginarios. Por ello, sin comunicación ninguna estructura social logra integrarse en un proceso de cambio, condenando al fracaso todo proyecto local de mediación y la posibilidad misma de desarrollo endógeno. La comunicación, como indica Alfaro, hace posible entonces que identidades culturales heterogéneas puedan articularse en un mismo proyecto. De ahí que desde los años setenta del pasado siglo, se vincularan los derechos culturales, y las políticas nacionales de comunicación a las posibilidades de un desarrollo autónomo de los pueblos sometidos a condiciones adversas de modernización. Toda defensa de los derechos de comunicación ha sido desde entonces ligada a los debates sobre modelos y objetivos de desarrollo, a la discusión sobre el modelo de sociedad que representamos y tratamos de proyectar en la práctica. Así, la información y el conocimiento son considerados bienes necesarios para promover el desarrollo, más aún en un tiempo como el nuestro en el que la dialéctica de la innovación hace real el principio que “cada uno construye según sus capacidades y el producto se distribuye según las necesidades” en una forma de materialismo que, a decir de Raymond Williams, confirma que la cultura es un estilo de vida, un modo de vida total.

Con la emergencia de la sociedad de la información, volvemos a pensar críticamente esta cuestión con la diferencia de que la cultura se ha

convertido, en el Capitalismo Cognitivo, en un recurso estratégico de las políticas internacionales de desarrollo, al concentrar la producción inmaterial y las actividades de gestión, almacenamiento, distribución y organización del acceso a los bienes simbólicos, la potencia acumulativa del ciclo de valorización transnacional del capitalismo. Pero en este proceso la apuesta por la subrogación digital, siguiendo el dictado del *e-commerce*, arrasa con los canales tradicionales de la cultura y sus formas de despliegue y pliegue. De ahí que la expresión de sociedad de la información no signifique para la gente más que una infraestructura digital en la que el concepto de sociedad solo produce extrañamiento cuando se lanza contra la lógica del vínculo comunitario de lo cotidiano, de lo cercano e inmanente. Innovación sería, en consecuencia, el grado de reconocimiento que el mercado –o sus demiurgos– percibe exclusivamente respecto al medio y, en menor medida y no decisiva, los aspectos sociales (García Gutiérrez, 2008).

De ahí la crítica de Vandana Shiva a la mercantilización del infocimiento y de la actividad creativa que restringe la diversidad cultural, capitalizando los saberes tradicionales, las formas no instrumentales de intercambio, el pluralismo cultural y la diversidad y complejidad de toda ecología de comunicación, por imposición de una relación lineal entre conocimiento público y apropiación privada.

Boris Groys (2005, p. 159) ilustra esta lógica de la economía cultural como un proceso de mediación e intercambio. A decir del autor:

La innovación se consume, principalmente, en la forma cultural-económica del intercambio. El intercambio es el trueque o el cambio o el canje que tiene lugar entre el espacio profano y la memoria culturalmente valorizada, que consiste en la suma de los valores culturales que se conservan en los museos, bibliotecas y en el resto de los archivos, así como en las peculiaridades, rituales y tradiciones de la relación con los archivos.

Esto es, la innovación y el desarrollo es resultado sobre todo de la capacidad de combinación tanto en formas y configuraciones, como en contenidos y procesos. Una suerte de dinámica del palimpsesto, de bo-

rrado y reescritura de la memoria conservada, en el sentido de Moles, por el que se muda o altera el sentido original, el contexto de procedencia a fin de cumplir una función meramente mercantil. Un proceso que se podría explicar como la labor del periodismo –cortar y pegar– como una actividad moderna de montaje y difusión o, en otros términos, como una función valorizadora que distingue nuestro tiempo como la era de la copia. Pues la innovación solo puede operar con cosas que ya están a mano, que poseen un valor determinado en la memoria culturalmente valiosa o en el espacio de lo profano, y solo pretende una modificación de la relación entre esos valores. Luego la innovación es una operación comercial, una ‘mediación’ que pone en valor la tradición cultural concediendo dignidad a lo profano, especulando en el plano del signo cultural.

Más aún, “la imitación de la innovación no puede distinguirse de la innovación misma [...] esta distinción solo se puede cotejar comparando lo culturalmente valorado con lo profano en un proceso sin término”. Así, la producción no es más que una determinada forma del uso, mientras que la pura contemplación, es decir, el uso puro, es la que consigue generar nuevos valores. Las culturas se han caracterizado, de hecho, por sus permanentes procesos de adaptaciones creativas. De lo contrario tales culturas no existirían. De ahí la pertinencia de tomar en consideración, siguiendo a Vandana Shiva, la diversidad en términos de igualdad, en términos de política democrática de la representación. Esto es, para empezar a plantearnos en todas sus consecuencias la relación memoria/cultura/desarrollo debemos primero tomar en cuenta tres principios fundamentales que están presentes en la llamada Economía Creativa:

- **Dialéctica del reciclaje basado en la devaluación de lo valioso y la revalorización de lo devaluado.** Cada intercambio innovador repite todos los restantes acontecimientos de intercambios innovadores.
- **Sostenibilidad de la ecología cultural.** No es posible una política de la memoria para el desarrollo sin reconocer los límites ni establecer el principio de reciprocidad tal y como se infiere de la

Agenda 21 de la Cultura, lo que exigiría, en términos de sostenibilidad, defender radicalmente el derecho a la biodiversidad y al desarrollo endógeno.

- **Equidad creativa.** No es mediante la congelación de culturas como funciona la creatividad. Como añade Groys, “la realidad en la mayoría de las culturas es fluida y no guarda relación con rígidas formas de exclusión”. Por eso decimos que, tal y como explicaremos, fórmulas como el copyright privatiza los códigos culturales y genera hipotecas culturales que limitan futuros procesos de creación y representación cultural, restringiendo la creatividad y desarrollo de conocimientos por la desigualdad de accesos.

Partíamos en nuestra introducción que en nuestra era digital pensar la comunicación y el desarrollo de la democracia, desde el punto de vista de la ciudadanía, es imposible como tarea al margen de los procesos de reestructuración y transformación del ‘nuevo espíritu del capitalismo’. Si bien podemos hablar de apropiación social de las nuevas tecnologías o de socialización de los nuevos medios y mediaciones culturales en la era digital, tales procesos tienen lugar a partir de las contradictorias y conflictivas sobredeterminaciones de los procesos de subsunción de la sociedad entera por la lógica del capital, incluido nuestro patrimonio y memoria cultural. Luego no podemos proponernos definir los retos democráticos del desarrollo de los medios y sistemas de información digital, y su política de archivo, sin ser conscientes de las lógicas sociales que recorren y determinan tales procesos, salvo que repitamos la historia como farsa, tal y como sucediera con el desarrollo de la comunicación educativa y la expansión de la industria de satélites en los años sesenta, al calor del paradigma dominante de difusión de innovaciones. Luego, solo en relación al contexto general de determinación es posible comprender la naturaleza del proyecto culturicida Information Society Technologies, que se empeña en “salvaguardar el patrimonio histórico y los recursos a la memoria mediante subrogaciones digitales adscritas radicalmente al paradigma tecnicista y a sus tópicos asociados y desa-

rraigados de una inteligencia emocional necesaria para que la fuerza de la gravedad, la erótica de la tierra en suma, nunca deje de influir en el peso y la carne de la memoria” (García Gutiérrez, 2008).

Tal pretensión, como decimos, no es nueva. Existen numerosos antecedentes históricos. Desde finales de la década de los setenta, la noción de ‘desarrollo cultural’ vincula el campo de la comunicación al problema complejo y recurrente de las necesidades sociales en ámbitos tan dispares como la economía, la política o la educación, integrando la creatividad y las identidades plurales en la dinámica constituyente del modelo de reproducción modernizadora, bajo el auspicio fundamentalmente de las Naciones Unidas (ONU). Los programas de organismos como la FAO o la OMS han procurado desde entonces pensar la comunicación en sus programas sectoriales y las políticas de cooperación internacional, en virtud de un denominador común: la visión instrumental de los medios y recursos informativos como fuente de progreso y dispositivo servomotor del crecimiento y bienestar económico.

Así, si bien las Naciones Unidas validaron en la agenda pública internacional un enfoque integrador de la comunicación como marco de configuración del desarrollo, las políticas de promoción de la cultura y la educación quedaron desplazadas a un segundo plano ante el empuje privatizador de las industrias culturales. La participación pública, la creatividad social de la población y el intercambio y la cooperación multilateral entre países, lejos de garantizar la diversidad ecológica del sistema mediático en los países del Sur, resultaron, como consecuencia, coartadas para legitimar un proceso, calificado por otra parte como imparable, del modelo capitalista de desarrollo económico liberal, que hoy llega a resultar cuando menos alarmante incluso para la propia Unesco, a la luz del diagnóstico de la situación crítica de dependencia de las ‘culturas periféricas’ en el mercado global.

La amplia e intensiva mercantilización de la cultura ha llegado al extremo incluso de cuestionar la función pública de las políticas nacionales de comunicación, conculcando los derechos colectivos del patrimonio histórico, el acceso público a los medios y hasta la libertad

de consumo cultural. La constatación pública de esta crítica situación ha alentado en respuesta los debates entre creadores, representantes públicos y agentes culturales en citas como Interacció 04 y el Foro de las Culturas, y hoy se comienza a tratar de procurar definir una nueva agenda internacional en materia de políticas culturales frente a los desequilibrios que horadan las brechas de desigualdad como resultado de las lógicas oligopolistas que amenazan las formas locales y diferenciadas de expresión y cultura popular.

Desde la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo celebrada en Estocolmo (1998), el máximo organismo de las Naciones Unidas en materia de comunicación ha expresado su preocupación por los límites a la diversidad cultural. La propia Declaración Universal de la Unesco en dicha materia confirma la persistente amenaza que hoy se cierne sobre los ecosistemas culturales de las minorías y culturas dependientes ante el arrollador empuje de la hegemonía angloamericana, de acuerdo a la lógica económico-política que actualmente liquida la compleja biodiversidad cultural, suprimiendo los fundamentos vitales de la ecología social y política que, lo que es más importante aún, termina por cercar las libertades públicas de la población.

Ahora bien, por otra parte, de forma contradictoria, esta misma centralidad de la comunicación y la cultura sirve también –según advierte Yúdice (2002)– como un nuevo fundamento o garantía para exigir derechos en la plaza pública en conflictos interculturales o luchas por el territorio, los recursos o la dominación-privación de medios de expresión y representación cultural. Por ello mismo, podemos aceptar que la comunicación es un instrumento estratégico de cambio social, y el principal dispositivo de poder en la Sociedad del Conocimiento que puede ser liberador de nuevos procesos creativos, como ilustra el caso de Brasil.

Desde el año 2003, los cambios en el ámbito de política cultural han marcado en este país un nuevo ciclo histórico. La puesta en marcha de originales programas de democratización cultural, con participación ciudadana, a partir de la primera administración del Presidente Lula y la decidida apuesta por sentar las bases de un Sistema Nacional de Cultura

(SNC) dan cuenta de la magnitud e importancia estratégica de la nueva visión político-cultural en un campo tradicionalmente abandonado en la mayoría de países de la región.

Hoy, sin embargo, el Plan Nacional de Cultura (PNC) se enfrenta a nuevos retos y contradicciones políticas, tal y como se ha constatado, de hecho, en el último encuentro de agentes culturales celebrado en Brasilia. Bajo el lema “Una política de Estado para la Cultura. Desafíos del Sistema Nacional de Cultura”, la III Conferencia Nacional¹⁴ ha puesto en evidencia las dificultades del PT a la hora de materializar el proyecto que definiera en su momento el Ministro Gilberto Gil. No tanto porque es evidente el incumplimiento de buena parte de los objetivos previstos del PNC, como por la constatación de la asunción de una nueva filosofía en la hoja de ruta, contraria a la visión ampliamente compartida por la sociedad civil que, una vez más, con motivo de la convocatoria de la última Conferencia, reivindicó el cumplimiento de las metas estratégicas que garanticen el ejercicio pleno de los derechos culturales de todos los ciudadanos del país (Artículo 215 de la Constitución Federal) y el desarrollo nacional sustentable para la inclusión social de la mayoría de la población excluida del disfrute de los bienes culturales. En la consecución de estos dos objetivos estratégicos, proyectos como los Puntos de Cultura, Brasil Plural, DOC-TV y otras iniciativas similares han venido abriendo el campo de interlocución política a los actores locales, dando voz y representación decisoria, a través del Consejo Nacional de Política Cultural,¹⁵ a representantes de la ciudadanía. El paso del paradigma Furtado/Sarney a la política iniciada con Gilberto Gil, continuado por Juca Ferreira, significó por vez primera en la historia de Brasil una política integral de Estado en materia de cultura y desarrollo, a partir de la apertura de un proceso original de inclusión social sin precedentes. Así, tras 25 años de democracia constitucional puede decirse que el

14 Ver <<http://www.cultura.gov.br/3cnc>>.

15 Ver <<http://www2.cultura.gov.br/cnpc>>.

Estado brasileño ha mudado por completo las bases socioculturales de articulación del desarrollo cultural, ampliando los dispositivos de participación y representación social, así como el contenido y dirección de su economía de la comunicación y la cultura, superando de este modo, al menos en parte, tres de las tradiciones heredadas en la cultura nacional, a decir de Antonio Rubim (2007): “el autoritarismo, la discontinuidad y la desatención”.

El fenómeno político de expansión, a escala local y nacional, de las políticas públicas iniciado con Lula da Silva (2003-2010) puede, en este sentido, ser interpretada básicamente como un proceso de pluralización de los actores de la política pública en el paso de un enfoque neoliberal a una visión de la política cultural de Estado basada en la participación y articulación interna (Moreira & Barros, 2013), abandonando por principio el modelo de financiación indirecta de exenciones fiscales, orientada a la captura de capital-riesgo, en función de la consolidación institucional y el diseño estratégico de nuevas herramientas y fuentes diversificadas de financiación directa, concebidas básicamente para ampliar los ámbitos de decisión en beneficio de los pequeños y medianos empresarios y las organizaciones profesionales frente a las grandes compañías que concentraban gran parte de la inversión pública en la promoción cultural que marcos regulatorios como la Ley Roaunet favorecían.

En este nuevo marco político de gobernanza, la Secretaría de Economía Creativa ha privilegiado el ámbito local como eje de articulación del desarrollo de la economía de la cultura. El reto ambicioso de alcanzar al 60% de ciudades del país (3.339 ciudades) en los próximos años ilustra la magnitud y relevancia de esta política pública. Más de 300 proyectos de apoyo a la producción local pretenden contribuir a la emergencia de cuencas de cooperación y nuevas formas de institucionalidad, alterando significativamente los márgenes de participación ciudadana en la cultura nacional, por medio de la incubación de proyectos innovadores acorde con las necesidades de las ecologías de vida y los ámbitos de proximidad de la población.

Así, entre 2013 y 2020, Brasil aspira a experimentar la mayor transformación de su historia dando lugar a la constitución de una nueva cultura urbana basada en las NTIC y la valorización de los saberes tradicionales. De acuerdo a la visión del Plan Estratégico de Economía Creativa, el objetivo de la política cultural es sentar las bases de una nueva economía para el desarrollo local, concibiendo la comunicación y la cultura ya no solo como expresión simbólica y como derecho de ciudadanía, sino también como recurso y “campo potencial para el desarrollo económico sustentable”. En este sentido, la apuesta de la Secretaría de Políticas Culturales para 2020 es sentar las bases de un nuevo modelo de gestión participativa que transforme integralmente, en un sentido productivo, las formas de producción y organización del campo simbólico en las principales ciudades del país. La previsión de un crecimiento hasta del 4,5% del sector en el PIB del país, marca el rumbo de esta voluntad política concreta de convertir la economía de la cultura en un polo de desarrollo y vector de nuevos procesos de crecimiento y bienestar social, sin parangón, no solo en la historia del país sino en la propia geopolítica regional. Ahora bien, aún reconociendo el papel estratégico que pueden desempeñar los municipios en esta labor, la actual política pública plantea retos de articulación intergubernamentales, político-administrativos y socioculturales problemáticos para Brasil, sin que hasta hoy formen parte del discurso y acción institucional del gobierno a juzgar por las discusiones observadas en la última Conferencia Nacional.

Una de las principales conclusiones del actual proceso de innovación cultural es el lento y difícil encaje del SNC en las políticas locales, un problema, por otra parte, más que habitual en toda estructura federalista de gobierno. La evaluación preliminar del cumplimiento de algunas de las metas previstas para el año 2014 no resulta nada satisfactoria a este nivel, además se apuntan nuevas dificultades que, en el contexto de crisis y desaceleración relativa del crecimiento interno, complican su consecución a medio plazo. De esta manera, la III Conferencia Nacional de Cultura constató, en las cuatro grandes áreas de actuación de la política cultural brasileña, la necesidad de incidir más

decididamente en el desarrollo de los objetivos estratégicos identificados por el Consejo Nacional de Política Cultural. A saber:

- a. Mejorar los sistemas de creación/producción/desarrollo por medio del fomento de nuevas iniciativas culturales, la incorporación de las nuevas tecnologías, y la internacionalización de la cultura nacional.
- b. Garantizar la difusión y acceso público a partir del reforzamiento, a escala local, de los espacios de participación y representación institucional, mediante una mayor descentralización de equipamientos y servicios y la circulación abierta de bienes y servicios entre el conjunto de la población, a la vista de los diagnósticos efectuados claramente insuficientes.
- c. Proteger y valorizar la memoria y diversidad cultural con políticas activas hasta ahora postergadas por la insuficiente dotación presupuestaria.
- d. Mejorar la planificación y gestión de las políticas culturales con la cualificación de los responsables y gestores culturales, una demanda insistente entre la mayoría de relatores y delegados participantes en la conferencia.

Por otra parte, además, la economía creativa es una noción por desarrollar en la teoría y práctica política brasileña, determinada como está en su origen por las contradicciones del viejo capitalismo y las formas emergentes de trabajo y ciudadanía, sin que de facto se haya dado la tan reclamada tropicalización de esta deriva o moda angloamericana en las políticas culturales. Tensiones implícitas que podríamos sintetizar en los siguientes ejes de mediación del programa Brasil Creativo atenazan, como consecuencia, el potencial liberador de la visión estratégica de la política nacional entre:

Economicismo-Culturalismo
Racionalidad industrial-Cultura Popular
Propiedad intelectual-Bienes Comunes
Transversalidad-Centralización
Local-Nacional

Tecnocentrismo-Holismo
Creatividad-Consumo
Cultura-Turismo

Tales contradicciones son, en el fondo, constitutivos de la laxitud y contradicción conceptual de la teoría y políticas de las llamadas industrias creativas a lo largo de la historia reciente del nuevo espíritu del capitalismo cultural.

En este escenario, la paulatina retirada del Estado y la creciente mercantilización del sector cultural manifiestan flagrantes contradicciones que cuestionan particularmente la insistencia en el discurso y política de promoción de la economía creativa de una economía periférica aunque emergente como la de Brasil, con importantes carencias y desequilibrios especialmente, por ejemplo, en el sistema y estructura de la comunicación. Toda política cultural que no cuestione este marco lógico de intervención en el proceso de desarrollo corre el peligro de naufragar. En otras palabras, la Agenda 21 de la cultura, en tanto que guía de actuación estratégica de los gobiernos locales, solo contribuirá, en el mejor de los casos, a abrir frentes estratégicos de desarrollo y reconocimiento de la necesidad de políticas culturales por los poderes públicos de cada municipio o ciudad y la visualización de la cultura como un problema neurálgico de construcción de la ciudadanía, si no se problematiza la estructura profunda de poder instituida durante la dictadura por la cultura Globo. La defensa de un tímido compromiso de participación de las culturas marginadas en la gobernabilidad local, sin capacidad de revertir las lógicas neoliberales, no representa otra cosa que la reedición, en esta línea, de la política difusionista de planificación estratégica, que afecta a proyectos de ordenación del territorio y gestión urbanística de la industria del turismo como sector prioritario, de acuerdo a los objetivos de aceleración del crecimiento.

Para avanzar en los procesos de mudanza y construir el SNC parece necesario en consecuencia empezar por reforzar notablemente las líneas maestras de actuación en la hoja de ruta del Ministerio, pues se constata que el país aún tiene pendiente como reto la institucionaliza-

ción del 100% de las unidades políticas de la Federación, así como el 60% de los municipios. Si bien más de 26 unidades de la Federación y más de 2.000 municipios se adhirieron al SNC a lo largo del pasado año, están lejos de alcanzarse los objetivos meta del Plan Estratégico. La expectativa del Ministerio, de acuerdo al compromiso del Secretario de Políticas Culturales, es cumplir tras la Conferencia Nacional dichos objetivos, mas nuevas visiones de la política cultural se han ido prefigurando en las dos últimas administraciones de Ana Buarque de Hollanda y de la ministra Marta Suplicy. Por ejemplo, en la Conferencia se fijó como prioridad por parte del Ministerio de Cultura el desarrollo de los Centros de Artes y Deportes Unificados (CEU) con el fin de descentralizar equipamientos e infraestructuras en zonas vulnerables, y promover la internacionalización de la marca Brasil, en una estrategia nada original de *softpower* (Prioridad 3), coherente con la visión desarrollista contenida en el Plan de Aceleración del Crecimiento de la Administración Dilma Rousseff (PAC). La sociedad civil viene, en contra, apuntando, como constatan las conclusiones de la III Conferencia Nacional, en otra dirección, al demandar medidas audaces en proyectos emblemáticos como el Programa Vale Cultura. De acuerdo con esta visión, para los delegados de los sectores y territorios culturales representantes de la sociedad civil, el desarrollo sustentable de la economía creativa pasa por priorizar otras medidas de actuación:

Eje I. implementación del Sistema Nacional de Cultura

Ante la falta de consolidación institucional del SNC y a la vista de la ralentización de los procesos de maduración de la política de Estado en la materia, la Conferencia mandató al Ministerio de Cultura procurar el fortalecimiento de la institucionalidad de los Consejos de Participación Ciudadana en los planes de cultura locales y regionales, así como la exigencia de mejora en las competencias de los agentes responsables de la política cultural, garantizando una gobernanza colaborativa en la producción de los sistemas de información e indicadores culturales. Para ello es preciso:

1. Que el Congreso Nacional apruebe con urgencia la medida PEC 150 para una financiación estable del PNC.
2. Garantizar el 10% de los recursos del Fondo Social del Pre-Sal para consolidar el desarrollo de la política cultural.
3. Aprobar con urgencia el Proyecto de Ley Complementaria (PLC) 383/2013 de regulación del SNC con el fin de garantizar el pleno funcionamiento y articulación entre la Federación, entes locales y Estados.
4. Desarrollar y fortalecer las estrategias de formación y capacitación de la gestión cultural de forma continuada y permanente.
5. Fortalecer el Fondo Nacional de Cultura como mecanismo básico de financiación, garantizando así un equilibrio entre exención fiscal, promoción e incentivos económicos y mecanismos internos de financiación de la producción y distribución cultural, de forma integrada.

Eje II. Producción simbólica y diversidad cultural

Los agentes culturales vienen planteando además la necesidad de una nueva Ley de Incentivos Culturales en apoyo a las manifestaciones minoritarias o marginadas por el mercado de las industrias culturales, integrando de forma coherente la política educativa y las políticas culturales para la formación tanto de profesionales como de consumidores de cara al desarrollo de la economía creativa. En esta línea, la III Conferencia concluyó como prioridades:

1. La inclusión en la educación formal de contenidos para el conocimiento de los saberes culturales, incluyendo en el currículo las manifestaciones locales, artísticas y creativas de los pueblos indígenas y las comunidades tradicionales.
2. La implementación efectiva del Sistema Nacional de Patrimonio Cultural, definiendo una política compartida de preservación y valorización de las múltiples expresiones del patrimonio material e inmaterial.

3. La aprobación del Margo Regulatorio de las Comunicaciones en Brasil, garantizando la neutralidad de internet y el acceso a la red (Marco Civil de Internet) con una Ley de Medios Democrática, previa modificación de la Ley 9.612/98, con el fin de promover la diversidad, el respeto a los Derechos Humanos y la participación social de la ciudadanía.
4. La ampliación y consolidación del Programa Más Cultura en las Escuelas como política de Estado, ampliando las acciones y recursos para su fortalecimiento institucional.
5. La creación de convocatorias públicas de financiación que democratizen el acceso y la infraestructura tecnológica en territorios excluidos de la sociedad de la información.

Eje III. Ciudadanía y derechos culturales

En la misma línea, el eje de discusión sobre derechos culturales planteó un amplio debate sobre la democratización de la comunicación. Numerosos representantes de la sociedad civil demandaron una mayor descentralización de equipamientos y acceso a infraestructuras culturales de usos múltiples con funciones productivas y de expresión como los aulas digitales, además de la regulación del derecho de acceso, ampliando así la institucionalización del Programa Cultura Viva.

Para ello, la Conferencia Nacional propuso como prioridades en la sesión plenaria:

1. La dotación de recursos públicos por medio de la expropiación de inmuebles abandonados o improductivos, con el fin de crear una red de equipamientos culturales en cada territorio creativo.
2. La aprobación de la Ley Cultura Viva (PLC 70/2013) que institucionalice la política nacional de cultura, educación y ciudadanía, garantizando la implantación cuando menos de un punto de cultura en cada municipio para así revitalizar la emergencia de las culturas populares y la economía creativa local.

3. El reconocimiento de los maestros de las culturas populares y tradicionales (maestros de capoeira, quilombolos, sabios indígenas, etc...) mediante su certificación por el Ministerio de Cultura, garantizando así la protección del patrimonio inmaterial brasileño.
4. El impulso de políticas de capacitación y acceso de personas con discapacidad.
5. La aprobación del Plan Nacional del Libro y la Lectura a través del fortalecimiento del Sistema de Bibliotecas Públicas.

Eje IV. Cultura como desarrollo sustentable

Finalmente, en materia de políticas de impulso del desarrollo local son relevantes las propuestas de institucionalización de territorios creativos para la valorización del patrimonio cultural, especialmente en regiones de alto interés turístico. La cualificación en gestión, organización económica y promoción de los agentes culturales y el apoyo a la investigación aplicada, vía observatorios de economía creativa, para identificar las prioridades, así como la implementación más adecuada del nuevo sistema de incentivos, financiación e incubación de empresas culturales, de cara a la escalabilidad y promoción exterior de los bienes culturales, son identificados como ejes estratégicos que han de marcar en los próximos años la agenda de actuación del Ministerio, priorizando:

- a. El fomento de nuevas cadenas productivas mediante el intercambio regional e internacional, valorizando sectores emergentes específicos.
- b. El diseño de un Plan Nacional de Economía Creativa, contemplando el establecimiento de marcos legales que garanticen las condiciones de autonomía y desarrollo endógeno.
- c. El fortalecimiento de líneas de crédito por la banca pública (Banco Nacional de Desarrollo) y vía tasas de recaudación del Instituto Nacional de Propiedad Intelectual en vías de apoyar nuevos emprendimientos culturales.

- d. La transformación del Programa Amazonía Cultural en política de Estado, creando un fondo cultural para subsidiar el desarrollo de emprendimientos creativos de base local en esta región.
- e. La creación de rutas de turismo con comunidades tradicionales para fomentar corredores culturales con subsidio público y exención de impuestos municipales, estatales y del gobierno federal.

En definitiva, la apuesta implícita en las medidas aprobadas por la III Conferencia Nacional manifiesta una contradictoria latencia cuya resolución dependerá del papel de la sociedad civil en la implementación y desarrollo del PNC. El discurso y la praxis política cultural que presupone, significa, necesariamente, si ha de resultar efectiva, tratar de pasar del imaginario del aislamiento y la afirmación de la diferencia a una mayor proyección de las nuevas culturas urbanas subalternas, empoderando las voces no asimiladas, invisibles y resistentes a lo hegemónico, que hacen posible, en la práctica, tal y como algunas mociones de la Conferencia apuntan, el principio de creatividad social tal y como, al menos inicialmente, demostró Juca Ferreira en su anterior mandato. A ello cabría añadir retos impostergables no considerados en la actual política cultural en Brasil, salvo retóricamente, como es el caso de la democratización de la comunicación y la cultura digital. En el propio Texto Base de la Conferencia, el Ministerio de Cultura reconoce que “la libre expresión de la diversidad cultural brasileña pasa por la democratización de la comunicación”:

A proteção e a promoção dos diferentes modos de viver, fazer e criar e o pluralismo de ideias, vozes e opiniões, demandam meios de comunicação também diversos e plurais. Do ponto de vista público, devem ser priorizados os projetos que promovam a apropriação social das tecnologias de informação e que ampliem o acesso à cultura digital, caracterizada pelo acesso aos computadores e demais equipamentos digitais, assim como pelo número de pessoas conectadas à internet (Ministerio de Cultura, 2013, p. 8).

Ahora bien, Brasil no ha democratizado el sistema informativo, un área a día de hoy sin Consejo Sectorial, pese a celebrar hace tres años la postergada Conferencia Nacional, impulsada por el Foro por la Democratización de la Comunicación,¹⁶ con una clara demanda y clamor de la sociedad civil para garantizar la democratización del sector y el derecho de acceso de la ciudadanía. La falta de voluntad política de la clase dirigente por abrir esta caja negra a la interlocución ciudadana es reveladora de los límites de socialización de la economía creativa y ha tenido sus consecuencias políticas para el PT.

Hasta la fecha, la política cultural de Brasil sigue concentrando el espacio mediático y las telecomunicaciones en manos fundamentalmente de operadores privados, al tiempo que promueve telecentros e infraestructuras públicas de conexión de la ciudadanía con el Fondo de Inclusión Digital, sin una mudanza significativa de la cultura libre, tal y como viene cuestionando el movimiento de Open Software. El único avance significativo ha sido la aprobación del Marco Civil de Internet, paralizado durante un largo período en el Congreso por bloqueo de la oposición conservadora.

De cualquier forma, la recuperación o redescubrimiento social de los problemas de comunicación y desarrollo implícito en debates como el de la economía creativa constituye un ámbito estratégico de investigación que, en los últimos años, se ha convertido en eje central de las propias políticas públicas, resituando en Brasil el papel de la cultura en la era digital desde otra mirada y enfoque productivo, en coherencia con la naturaleza de las transformaciones materiales en curso.

Si de acuerdo a los criterios del PNUD, el desarrollo es la articulación de voces culturales para el empoderamiento y la autonomía de las comunidades y territorios en su proceso de desenvolvimiento endógeno, las políticas culturales en el país han comenzado a ser concebidas como un proceso de mediación construido sobre la polifonía de las culturas

16 Ver <<http://www.fndc.org.br/>>.

populares en tanto comunicación para el cambio social. El reto de producción de la diversidad cultural implícito en la Agenda 21 de la Cultura tiene por ello un eje central en el ámbito subestatal de las ciudades, por ser el ámbito de proximidad el que permite cumplir este principio de reconocimiento de la diversidad cultural (Cocco, 2001), pero la articulación de la institucionalidad de los entes locales en Brasil es aún deficiente.

Si bien la exitosa política de las administraciones de Gil y Juca Ferreira ha incidido notablemente en el cambio de rumbo de la política cultural con la consolidación y apropiación social de programas de referencia para la ciudadanía (Barbalho et al., 2011), la ambivalencia constitutiva de la economía inmaterial y los bienes comunes en la acción de gobierno por parte de las autoridades locales no tiene visos de resultar productiva en la medida que, además, el Ministerio de Cultura ha renunciado a la voluntad de articulación y convergencia con la sociedad civil, relegando algunos de los principios diferenciadores que han sido rectores en la política cultural desde la primera etapa del gobierno de Lula.

Desde este punto de vista, la idea matriz de programas como Brasil Creativo no garantiza un desarrollo coherente de la política cultural si no es capaz de instituir espacios de encuentro que contribuyan a articular ‘clusters culturales’ a partir de la promoción de cuencas de cooperación, redes creativas, iniciativas culturales y el cultivo de ambientes colaborativos que, a medio y largo plazo, contribuyan a impulsar externalidades positivas en cada región o territorio. Una lógica de la mediación y gobernanza que, necesariamente, ha de trascender el modelo de negocio y la filosofía de las llamadas industrias creativas importadas de los países anglosajones. Luego el alcance del proyecto de economía creativa en Brasil va a depender de la capacidad de negociación con la ciudadanía. Esto es:

1. La diversidad de actores, espacios políticos e instituciones de representación y participación que garantiza la multiplicidad de procesos y la transversalidad del PNC.

2. La consolidación de espacios de diálogo entre Estado y sociedad civil como los consejos nacionales y los foros democráticos, asimilando la apertura democrática y el fortalecimiento de los dispositivos de acceso, control y gobernanza de los tradicionales mecanismos de representación y participación partidaria como eje de la acción de gobierno.
3. La innovación en los procesos de institucionalidad democrática con formas innovadoras como los consejos nacionales, inéditos por su complejidad y alcance en otras latitudes, y en la propia literatura política a escala internacional, ya que esta forma constitucional de gobierno abierto hace posible nuevas formas de acción colectiva de los movimientos sociales y las organizaciones profesionales del sector contribuyendo al desarrollo de un círculo virtuoso de interfaz socioestatal, basado en el principio de cogestión, si bien insuficientemente profundizado, y en el caso de la cultura aún sin experiencia suficiente al ser uno de los más tardíamente estructurados.

Asumido radicalmente en la praxis el reto de la diversidad cultural, una relectura política de la Agenda 21 de la cultura y de iniciativas como la Carta de Sao Paulo, desde una visión crítica de la economía de la comunicación y la cultura, pasa pues en Brasil por reforzar estos elementos distintivos de la política brasileira (Sierra, 2012), impulsando las fuerzas creativas, activando plataformas de comunicación que permitan consolidar la industria cultural autóctona a partir del capital social dispuesto y acumulado históricamente por el universo e imaginario simbólico de las culturas populares. Si de verdad se trata de un nuevo marco conceptual, una nueva visión estratégica, con el que repensar las políticas culturales y su incidencia en el desarrollo local, renunciar a este potencial es negar el sentido y la voluntad transformadora que posicionaron a la cultura en un vector potente de cambio en el país. Considerando la compleja realidad y múltiples dimensiones de la nueva lógica de transformación de los territorios y las 'economías inmateriales', el objeto formal de las políticas culturales en la era de las industrias creativas pasa, en conse-

cuencia, por un análisis institucional de las formas de convergencia y articulación entre el sector de las industrias culturales, los procesos de desarrollo económico y social y las políticas públicas, analizando el poder de la mediación como el proceso de determinación de las formas de representación y producción del imaginario. Pero en el caso de Brasil, de los cuatro ejes nucleares de intervención en este campo –las políticas de información y comunicación, el análisis de la gobernanza de la administración pública, las políticas culturales, y la convergencia tecnológica– la acción de gobierno en materia de comunicación y derechos de acceso sigue siendo una asignatura pendiente de la democracia.

Del debate mantenido por los agentes culturales en la III Conferencia Nacional, parece evidente concluir que toda pretensión de reformulación del desarrollo autónomo en esta materia exige escapar de las formas reactivas o arcaísmos ingenuos, a partir de la interpretación antropofágica del pasado y del presente-futuro, como anticipación y voluntad transformadora de otro proyecto futuro de país. No se trata de un viaje o ruta de la inclusión, sino más bien de deambular por los espacios e intersticios de la periferia. Ello implicaría nuevas directrices y enfoques de las políticas públicas desde la subalternidad para no reeditar la fallida política del desarrollismo experimentadas en el marco de la teoría de la dependencia (Negri & Cocco, 2006). Un reto sin duda complejo, pues, en el marco de la globalización, significa ser capaces de definir un nuevo espacio multivalente y productivo de cooperación y promoción de la diversidad cultural, en virtud de un diálogo crítico y creativo coherente con lo que Boaventura Sousa Santos define como Epistemología del Sur. Esto es, no basta mirar o reproducir las creaciones y modelos culturales allende las fronteras, como siempre ha venido proponiendo el modelo Globo, desde la mitad del pasado siglo, sino más bien aprender de las culturas populares y las ecologías de vida para articular nuevas lógicas de desarrollo sustentable de la economía creativa, más allá de la retórica angloamericana del derecho a la propiedad intelectual (Sierra, 2010).

Naturalmente, como es lógico, en este proyecto de reconstrucción de las políticas culturales, se han de avanzar nuevos protocolos de vali-

dación, organización interna y parámetros de evaluación del desarrollo local, pero siempre considerando los supuestos aquí explicitados, empezando, como se observa en Brasil, por los gobiernos locales.

Capital cognitivo y ciudades informacionales

Las nuevas tecnologías de la información definen en nuestro tiempo nuevas condiciones de sociabilidad de la ciudadanía. Las herramientas y posibilidades insuficientemente exploradas de gobernabilidad, potenciación y desarrollo cultural y socioeconómico descentralizado, así como las estrategias alternativas de construcción solidaria de una nueva producción de espacio público local proyectan, en este sentido, nuevos modelos de urbanidad. La constatación de esta idea apunta la pertinencia y necesidad de repensar lo urbano como un problema fundamentalmente de comunicación y cultura. Pensar hoy el desarrollo y gobernanza local, considerando la función mediadora de las nuevas tecnologías en la planeación de ciudades creativas, significa, en coherencia, pasar del plano físico al universo simbólico como eje de referencia en las políticas públicas de modernización del territorio.

La ciudad, como sistema de comunicación, debe ser concebida como un espacio de aprendizaje. Hoy más que nunca, con la emergencia y socialización del ciberespacio, su geografía y lógica de organización se nos muestra variable e inextricable, como un bosque interminable de variantes, arbustos y espacios de vida natural y ecosistémicamente tramado por la densidad de vínculos y redes sociales. Lo local siempre ha sido un espacio diversificado, multicultural, un espacio objeto de continua reinención de la identidad, pero hoy las nuevas tecnologías han acentuado estas propiedades, sometiendo al gobierno local a una transformación y reposicionamiento sin precedentes desde la constitución del Estado moderno.

Un reclamo derivado de esta nueva y paradójica situación es la necesidad de abrir los poderes públicos a la interlocución. Todas y cada una de estas condiciones institucionales son hoy exigidas por los ciudadanos

para la articulación de nuevos procesos de mediación en la vida pública local. Desde este punto de vista, el gobierno en línea representa un componente explícito de reforma y modernización que exige de la administración local, en especial de las autoridades locales, políticas públicas que mejoren y garanticen la competitividad, la eficiencia y calidad de los servicios públicos, y el concurso y participación de los ciudadanos. Más aún, la democracia local en línea presupone procesos de hibridación y sinergias sociales de participación basados en la tolerancia, la diversidad y el disenso en la esfera pública que apuntan en dirección a la transformación estructural y a la innovación en los procedimientos y las culturas de gestión. No se trata solo de la posibilidad de las elecciones en línea o el voto a distancia, menos aún de la extensión virtual de políticas y procedimientos habituales como la firma electrónica, el pago de impuestos municipales por internet, o la creación de espacios interactivos de uso ciudadano. La reinención del gobierno a partir del uso de las TIC exige más bien la reingeniería de procesos de eficiencia y productividad de la administración pública local, facilitando los flujos de información y las transacciones, descentralizando los sistemas de control y capital simbólico, garantizando la voluntad de interpelación y cogestión ciudadanas.

Ahora bien, la comunicación es concebida, normalmente, como una función básicamente reguladora, en los procesos de planeación y modernización del territorio. Esto es, el modelo de 'marketing' urbano (al igual que las teorías de Richard Florida sobre el capital y talento como indicador de progreso) utiliza la comunicación desde una lógica instrumental y accesoria, por razones de eficiencia y economía de señales, según criterios metodológicos y de filosofía social, característicos de un pensamiento funcional coherente con los principios de la teoría de difusión de innovaciones. Ciertamente, el entorno ha cambiado, y ya no hablamos de extensión tecnológica, sino de marketing urbano, de capital social y de industrias creativas y de talento o capital cultural de una ciudad, pero la lógica, en lo esencial, sigue siendo la misma.

La cuestión es pensar qué posibilidad de construcción de autonomía y proyección permiten los procesos de innovación tecnológica urbanos. Específicamente, qué objetivos y modelos de urbanidad son de interés público y cómo se están materializando los modelos de desarrollo de las llamadas 'ciudades digitales'. Tal cuestionamiento da cuenta de la necesidad y pertinencia de una reflexión sobre el sentido final que justifica los modelos modernizadores de ciudad y, por ende, de las formas de ciudadanía que mediatizan las TIC, aspectos que, habitualmente, quedan al margen de la metodología y praxis del marketing urbano. Los planes generales de reordenación urbana, como mucho, testan las formas de privatización del espacio público, basadas en una férrea división del trabajo entre quienes diseñan y proyectan los nuevos imaginarios urbanos y el conjunto de la ciudadanía, convertida en figurante y consumidor del espectáculo creativo de la nueva marca-ciudad. Conviene por ello comenzar a pensar la lógica de la comunicación, la ciudad y la ciudadanía desde otros parámetros distintos al paradigma o enfoque distributivo y eficientista, definiendo una agenda y líneas de desarrollo de investigación e intervención social basadas en el lenguaje de los vínculos y en la reivindicación de lo procomún.

El reto de producción de la diversidad cultural, presupuesto en la Agenda 21 de la Cultura, constituye hoy un eje central en el ámbito de las políticas de desarrollo de las ciudades, por ser el ámbito de proximidad el que permite cumplir este principio de reconocimiento de la diferencia. Ahora bien, aún reconociendo el papel estratégico que pueden desempeñar los municipios en esta labor, tal política pública plantea retos de articulación intergubernamentales, político-administrativos y socioculturales innovadores y problemáticos que requieren nuevas perspectivas y enfoques de investigación. La conexión entre los aspectos culturales y comunicativos, los tecnológicos y económicos, y los político-informativos apunta, en esa línea, la pertinencia de una comprensión global de la interrelación existente entre los diferentes niveles de acción y pertinencia, a efectos del análisis, adecuada al campo de las transformaciones socioculturales que estamos experimentando. Desde

este punto de vista, hablar de creatividad, de cuencas de cooperación, de clusters de comunicación y cultura en políticas locales, remite a una mirada transversal sobre las complejas interconexiones de espacios en los territorios y nuevas formas de cultura urbana de la Modernidad líquida que la Universidad ha de priorizar en su exploración de las nuevas formas de mediación y prácticas sociales, aportando tanto nuevos conocimientos sobre las estrategias y diseños de las políticas públicas de las entidades locales, como mayor luz o comprensión sobre los factores y elementos de innovación social que contribuyen hoy a la planificación de la comunicación para el desarrollo local con las nuevas tecnologías.

Con esta filosofía, Compolíticas¹⁷ inició hace diez años la Red Internacional Citycom, un espacio de investigación y desarrollo que ha sido pensado para compartir información empírica y conocimiento sobre las lógicas democratizadoras de la sociedad de la información en el ámbito iberoamericano, con el fin de tratar de explicar las condiciones formales que procuran o por el contrario limitan los procesos de autonomía y apropiación social de la cultura digital en la promoción comunitaria y el desarrollo endógeno de las reconocidas como ciudades digitales o creativas. Ello, procurando aportar nuevo conocimiento científico en un campo novedoso y en la frontera del saber de las ciencias sociales y las humanidades al ocuparse de un objeto material de estudio que, por principio, a decir de Peter Burke, exige de la investigación social una mayor atención a las fronteras y espacios de creatividad de las comunidades y pequeños grupos, analizando sus estrategias de innovación y adaptación creativa, en el límite de las complejas relaciones entre sociedad y cultura, estructura y cambio social, 'agenciamiento' y determinación histórica, infraestructura material y trabajo autónomo y creativo.

Desde este punto de vista, se puede hablar de diversos niveles de complejidad a la hora de analizar el proceso de apropiación de las TIC por parte de los actores sociales y su impacto en el desarrollo local de las

17 Ver. <<http://www.compolicas.org>>.

ecologías de vida en la Sociedad del Conocimiento. Un concepto fundamental para repensar estas nuevas mediaciones es el de ‘capital informacional’, más vinculado al trabajo teórico de Bourdieu que a los planteamientos de Putnam. El capital informacional comprende la capacidad financiera para pagar la utilización de redes electrónicas y servicios de información, la habilidad técnica para manejar las infraestructuras de estas redes, la capacidad intelectual para filtrar y evaluar la información, como también la motivación activa para buscar información así como la habilidad para aplicar la información a situaciones sociales. Ello presupone diferentes condiciones de organización: de la información a la deliberación, de los procesos de consulta y dinamización cultural a la elección y decisión vinculante. La complejidad y posibilidades de la democracia participativa en el uso y gestión de los sistemas avanzados de información posibilitan pues diferentes alternativas para el diseño de un entorno inteligente y abierto de interacción.

Hoy, sin embargo, se da la paradoja que, ante la crisis de representación y gobernanza al calor de los procesos intensivos de transformación global del capitalismo, las autoridades locales, y en general la administración, se ve impelida a reinventar la democracia local y la representación a escala global, reeditando la idea republicana de Madison cuando la democracia más requiere innovación, creatividad, una nueva ciencia basada en la participación creativa, en la autonomía social, sin la mediación instrumental y limitada de la comunicación como dominio que restringe, de acuerdo al paradigma de la representación, las formas de acceso y control social. En el contenido y tensión de los que es portadora esta paradoja podemos situar la crítica a las deficiencias del modelo representativo ante la intensificación a escala geométrica de los procesos de globalización y sus efectos colaterales en el plano local, entre ellos la susodicha desconexión de los ciudadanos, la falta de compromiso cívico o la negación directa a participar de los tradicionales modelos patriarcales de domesticación, claramente inadecuados en la cultura y formas de interacción de la era digital.

La propuesta política de la ciberdemocracia trata, a este respecto, de trascender la participación individual o comunitaria de los estudios sobre capital social y desarrollo por un modelo teórico-metodológico de la mediación compleja y solidaria que se centra en la dimensión política de la apertura de espacios públicos locales, en la formación ética de la ciudadanía y en el ‘empoderamiento’ local desde una concepción ‘praxiológica’.

Si algún sentido tiene apostar por la participación como principio rector de la democracia y el desarrollo local, es debido a que se concibe la comunicación como contexto y horizonte de progreso, para favorecer las relaciones anticipatorias y liberadoras, porque se aspira a promover relaciones de cooperación y formas de ciudadanía activa, porque, en suma, se apuesta por activar las relaciones de confianza y el interés público a partir de los contextos locales y los mundos de vida. El desarrollo social de las TIC debe, en este sentido, ajustarse a los objetivos de apropiación social por la comunidad, a las necesidades radicales de expresión y desarrollo cultural de la ciudadanía, así como a los retos económicos y políticos de interés público de la ciudad pensando la participación y las posibilidades abiertas por los nuevos medios digitales como un proceso de construcción colectiva del desarrollo local basado en la cooperación, la organización de redes cívicas y el diseño de los planes de cambio social a partir de la creatividad individual y colectiva de los actores locales. Por supuesto, este empeño significa ir más allá de propiciar el acceso a la red. Se trataría más bien de procurar experimentar con la creación y autoorganización de la ciudadanía, de acuerdo a los principios de la democracia radical participativa.

Si las TIC pueden fortalecer la capacidad de autogobierno de las comunidades locales superando las diferencias económicas y sociales mediante la contribución a la creación de espacio público y dinámicas de participación igualitarias en los planes de desarrollo local, es a condición de que los movimientos sociales y la sociedad civil organizada lideren la lucha por la defensa de los derechos culturales. Solo las redes críticas de acción colectiva pueden desplegar la capacidad necesaria de

movilización y extensión de vínculos sociales que precisa el desarrollo y la participación con las nuevas tecnologías, si de configurar otro espacio público local se trata como nuevo horizonte cognitivo de democratización. En este proceso se ha dado un debate que proyecta nuevas bases epistémicas para una gobernanza abierta y dialógica de las ciudades.

Desde el primer Foro Social Mundial (2001), en el que el campo de la comunicación fue un tema marginal y disperso, hasta el año 2005, en el que el problema de la cultura y la comunicación ocupó cuatro de los once espacios temáticos que componían el Foro, en el Tercer Sector se han ido forjando en los últimos años las bases de una filosofía sobre los bienes públicos comunes (cultura, información, comunicación, educación, salud, agua), en tanto dominios que deberían escapar a la sola lógica del mercado, marcando así una nueva agenda de trabajo.

Líneas de desarrollo y contradicciones de la Sociedad del Conocimiento

A partir del concepto de ‘capital informacional’ citado anteriormente, se puede identificar, en esta línea, en el proceso de apropiación de las TIC por parte de los movimientos sociales los siguientes niveles de discusión o dialécticas contradictorias para construir otra comunicación para otro desarrollo posible:

1. *La dialéctica de comunidad y las redes transversales de información y cultura digital en la era global.* Esta dialéctica es, en palabras del profesor García Gutiérrez, la contradictoria integración de la lógica de los afectos, la dinámica de vertebración de las comunidades imaginarias y de sentido, la fuerza y proyección de las formas inmanentes de vida y existencia contra la ingeniería social, el laboratorio modernizador prototípico de lo que el mismo autor critica como ‘farwesternización’ de la cultura digital. Esto es, uno de los ejes de tensión al plantear una política de memoria para el desarrollo comienza por ser consciente de que hoy por hoy asistimos

a la imposición de una racionalidad instrumental de dominio tecnocrático frente a la lógica de socialización comunitaria del patrimonio cultural y la memoria colectiva. Esta dialéctica de oposición y diferencia recorre las iniciativas, debates y alternativas democráticas de la economía política del archivo en la era de la cultura como recurso.

2. *Libertad contra exclusión.* Las nuevas redes y bases de datos facilitan el tráfico de la cultura y, en cierta medida, la socialización de imaginarios y el lenguaje de los vínculos en comunidad. Pero el mercado abierto expulsa a numerosos sectores y agentes culturales, al tiempo que estratifica los consumos. Las formas de resistencia son los procesos de apropiación común, definidas por las industrias culturales como piratería, como actividad de copia, reproducción o uso indebido sin expresa autorización de sus titulares. La cuestión en este punto de la libertad de circulación y acceso y de la criminalización de las reapropiaciones culturales sería definir ¿Qué es un uso indebido? ¿Quién y cómo se establece que es lo debido y legal? Aquí entramos de plano en la contradicción entre el hecho y la norma, entre lo real y lo ideológico que define las libertades de algunos y la exclusión de otros, en términos de desigualdad material y simbólica. Esto es, se observa hoy por hoy una contradicción entre regulación normativa y legitimidad abstracta y procesos concretos de socialización de los derechos culturales. En esta línea, el derecho de propiedad intelectual no es comprensible sin los vínculos con la propiedad de bienes materiales y la constitución de instituciones económicas y jurídicas capaces de construir Estado y derecho, a partir de una ficción jurídica, a saber: el derecho de propiedad intelectual atribuye las mismas cualidades a lo inmaterial que a las cosas. El materialismo cultural de las industrias culturales trata así de dar valor, siguiendo a Boris Groys (2005), a lo que es común y es compartido como intangible, como patrimonio cultural inmaterial. La exclusión y restricción del acceso entra en contradicción con el principio de libre flujo de la información. Como recoge la “Carta de

la Comunicación de los Pueblos y el Movimiento Internacional por una Voz Popular en los Medios y Comunicaciones en el Siglo XXI”, el acceso a las nuevas tecnologías de comunicación debe ser considerado como un derecho humano fundamental en tiempos en que los medios de comunicación social funcionan con una tecnología que está a disposición de unos pocos privilegiados, paradójicamente en la era de la abundancia de información. De la defensa de estos derechos de acceso y participación en la mediación social dependerá el modelo de desarrollo imperante en nuestras sociedades. De aquí que las decisiones políticas y estratégicas sobre el desarrollo social deban estar acompañadas de una visión integral de la comunicación que trascienda el marco excluyente de mercantilización y derechos privativos del espacio, soportes y contenidos culturales registrados.

3. *Interés público contra concentración.* El Capitalismo Cognitivo es la continuación y transformación del capitalismo monopolista que, en el ámbito de la comunicación y la cultura, se ha traducido históricamente en la concentración de la industria cultural y la limitación de las formas de pluralismo ideológico y social. El ejemplo de la cartelización de la industria cinematográfica explicaría la evolución de este derecho vinculado a la historia y desarrollo oligopólico de corporaciones como General Electric, IBM, H. Packard o Warner en la definición de normas tecnológicas de la televisión, el video o, actualmente, internet y la TDT. En este proceso, la lógica del dominio privado concentracionista ha cercenado las opciones de memoria plural compartida, de diversidad cultural. La concentración y diseño homogéneo de archivos y ecosistemas culturales es la norma de una concepción, privatista y hegemónica en el comercio internacional, que termina subyugando y enajenando los derechos de dominio público de las economías locales, tal y como critica Shiva. No es casual que Fritz Machlup (1958) no recomendara un sistema de patentes en países para el desarrollo (colonización) en su momento. La asunción del principio de libre comercio y competencia es la negación del derecho público y de los derechos comunes del

patrimonio y la memoria cultural propia. Por ello, la defensa del dominio público es estratégico, comenzando por la denuncia de la concentración de canales, recursos y contenidos en las grandes compañías multimedia, en diferentes niveles del proceso de mercantilización de la nueva economía de la cultura (en la producción, tanto como en la distribución o fijación en soportes, y como consecuencia, también, como resultado, en la determinación de las formas de consumo cultural). Si reivindicamos, en el sentido de Smiers, la política de Creative Commons como el paso de la exclusión a la limitación de los derechos de propiedad privada de la creación, ampliando el dominio público, con nuevas fórmulas de préstamo y adaptación, es por la necesidad cultural e histórica de socializar los derechos creativos como una cuestión de interés público, y no solo en el sector de I+D+i. Tanto en la industria del conocimiento como en las industrias de entretenimiento es preciso buscar equilibrios entre intereses privados y públicos en la creación, producción, distribución, promoción y recepción de contenidos culturales. Ello constituye sin duda un reto estratégico en las políticas de desarrollo.

4. *Transparencia contra opacidad.* La unilateralidad de las agencias gestoras de los derechos de propiedad plantea un reto de afirmación de modelos más eficientes y accesibles al público. Hoy domina la ilusión de una falsa transparencia mientras la propiedad intelectual se negocia en secreto como parte de lo que algunos denominamos ‘paradigma Echelon’, una cultura de gestión dominada por los *lobbys* multinacionales, la estandarización del derecho privado y la prevalencia de exigencias y acuerdos bilaterales que marcan la regulación nacional y aun supranacional de los espacios de integración económica. La crítica del profesor García Gutiérrez (2008) a la subrogación digital, en cuanto a los indicadores y criterios de calidad y competencia para la política de I+D, da cuenta de esta opacidad constitutiva, como la mixtificada y falsificadora imagen de publicidad y transparencia de los agentes que concurren a la

investigación aplicada del sistema de ciencia y tecnología. Y es que, como advirtiera en su libro póstumo, Guy Debord (1967), el secreto es la norma de la *Sociedad del Espectáculo*, y ha sido la norma del discurso modernizador de la ilustración y del espíritu positivo, a decir de Benjamín, en el que la ruina, la catástrofe, los restos del proceso de destrucción creativa de la Modernidad han sido eliminados de todo documento de cultura, de todo registro o archivo de nuestra memoria. De ahí la pertinencia de señalar los dispositivos, o de rastrear los vestigios de esta barbarie, en el sentido de la crítica del saber-poder foucaultiano.

5. *Creatividad e inteligencia social general y apropiación individual.* Toda política cultural plantea un problema de innovación y control público de la producción y gestión del conocimiento. El problema de la propiedad intelectual es el problema de la identidad, o el de la tradición, la apropiación individual o colectiva del folklore y culturas tradicionales. Los discursos asociados al desarrollo plantean, sin embargo, en diversos organismos internacionales, la relación calidad, innovación y competitividad como bases estructurantes de una nueva dinámica del Capitalismo Cognitivo, pero esta política piensa la 'estesia' sin participación, excluye toda forma creativa socializada, o en otros términos, piensa el desarrollo, como la tradición de la difusión de innovaciones, desde una lógica metodológicamente individualista, lo que no deja de ser contradictorio, o cuando menos paradójico en la era de las multitudes inteligentes, de socialización de los medios de producción y generación de riqueza. Actualmente, la gestión del capital del conocimiento, la participación creativa del trabajador y la extensión de los afectos son identificadas como factores fundamentales de productividad. Los círculos de calidad, la gestión participativa, las jerarquías suaves y el trabajo como juego, la dirección *soft* y la producción flexible constituyen exigencias elementales del modelo dominante de producción. El proceso productivo puede así cumplir las exigencias de valorización capitalista por medio del proceso de cooperación que trasciende las

formas de jerarquía y dependencia típicas del modo de producción capitalista, mediante la disposición del conocimiento teórico o experimental entre el conjunto social, entre las redes de interacción gracias a las NTIC. De acuerdo a esta racionalidad, la determinación del trabajo intelectual por la lógica del valor irá proporcionalmente *in crescendo* con la dependencia del capital y del proceso de producción de la ciencia y la tecnología. Por ello en las dos últimas décadas, las políticas públicas han comenzado a reconocer el papel motor del conocimiento científico en el desarrollo económico con el consiguiente aumento de la inversión pública, junto con la tendencia en los últimos años al alza de la inversión en la llamada economía creativa.

Como hemos señalado, la centralidad de la economía creativa da cuenta de un proceso por el que lo simbólico e inmaterial se convierte en el elemento central de la actual reestructuración productiva. El plusvalor, en otras palabras, se produce sobre la base de la extracción de las energías mentales de los trabajadores, mucho más que de sus energías físicas. Un proceso generalizado de intelectualización de la producción y del consumo incide sobre las capacidades cognitivas de los hombres y mujeres, formando un extendido ‘intelecto general’ que caracteriza, según Marx, una situación en la que la dominación capitalista se muestra anacrónica, al existir la posibilidad concreta de su superación, en función de dos lógicas intrínsecas al capitalismo tardío: la virtualización de los espacios sociales y los mundos de vida y la extensión de la lógica biopolítica a partir del binomio ciencia-tecnología, lo que directa o indirectamente convierte al dominio del conocimiento o, en un sentido amplio, a los sistemas de producción y conformación de sentido en dispositivos estratégicos de control y cambio social. Se produce en esta nueva lógica de producción la denominada por Paolo Virno (2003) ‘ambivalencia del desencanto’:

Una abstracción real, un espacio público de cooperación, una intelectualidad de masas depositaria de saberes no separables del conjunto de los sujetos vivos. En este espacio, político en un sentido fuerte, la presencia del otro es a la vez instrumento y objeto del trabajo. La actividad sin obra, que reposa sobre el *general intellect*, entendido como aptitudes generales del espíritu –facultad de lenguaje, disposición al aprendizaje, capacidad de abstracción y de puesta en relación, acceso a la autorreflexión–, deviene una acción en concierto (Moulier-Boutang, 2004, p. 34).

En resumen, si, como razonamos, la estrategia de comunicación dota de sentido y dirección las acciones públicas de organización y reconocimiento de lo común, incidiendo en la percepciones, deseos y comportamiento de los actores sociales, y en consecuencia en los procesos de desarrollo local, parece lógico pensar la necesidad de elaborar políticas de comunicación que contribuyan al proceso de comprensión y participación de la ciudadanía sobre los retos de nuestro tiempo, trascendiendo la creciente instrumentalización del derecho de propiedad intelectual, y la visión individualista del consumo posesivo, con el fin de dejar en evidencia la falta de perspectivas de las políticas públicas dominantes en la era de las redes, en virtud, cuando menos, de las siguientes líneas de actuación:

- a. *El problema de los intermediarios.* Todo creador o intérprete utiliza el legado cultural y le añade algo. Este añadido no puede ser un argumento para dar al artista un derecho de propiedad exclusiva y monopolista durante décadas sobre una creación que se basa en realidad en la obra de otros muchos artistas anteriores, del pasado e incluso del mismo ayer. El autor es una figura moderna, pero esta, como otras instituciones sociales, está sujeta a diversas posiciones, a cambios sociales. Cuando reivindicamos el problema de la memoria cultural y el desarrollo como una lucha por el código constatamos el avance del derecho de propiedad intelectual como un proceso paralelo al proceso de separación del creador y los beneficios directos o proporcionales de la creación, relegando la teoría de la

justa compensación como marco conceptual de interpretación en esta materia. Se consolidan así:

Los viejos esquemas positivistas de organización del conocimiento, *thesauri*, clasificaciones enciclopédicas o especializadas con espíritu enciclopédico o, lo que es más peligroso, se da vía libre y subsidios a rastreadores, buscadores y megaíndices –los nuevos encomenderos de la memoria digital– como legítimos restauradores del orden social en la red, como tecno-innovadores natos desvinculados del verdadero humus comunitarista, garantizando la libertad de memoria mediante la escasa regulación de la simple disposición alfabética o los operadores apolíticos trasladados a la búsqueda de información desde el álgebra de Boole (García Gutiérrez, 2009).

Esto es, la política pública que prioriza los derechos de autor y la apropiación privada termina legitimando la explotación, uso, comercialización y dominio privado de los intermediarios, llámese autor, empresa periodística o buscador como es el caso disputado de Google. Lo contrario sería la política de la memoria productiva como crítica del recuerdo y del archivo desde lo procomún, diseñando entornos creativos a partir de la discusión dialógica de los modelos de organización del conocimiento en experiencias como los laboratorios alternativos de Medialabs y demás iniciativas.¹⁸

b. *La constitución del dominio público*. De acuerdo con Smiers, el problema del derecho de propiedad intelectual es un problema de límites, de definición del dominio público, comenzando por ampliar la justa recompensa a los autores, la denominada teoría de la justa compensación, y pasando por la definición del conocimiento y márgenes o condiciones de la creatividad social. Pero somos conscientes con la Declaración de Doha (OMC) de que no existe voluntad política de un reconocimiento del dominio público colectivo ni un respeto a la comunidad. De igual forma, se podría indicar respecto al Informe de la Comisión Mundial de Cultura y

18 Ver <<http://www.disonancias.com>>.

Desarrollo (1996) “Nuestra diversidad cultural” con motivo de la Reunión de la OMC en Ginebra. Es difícil, en este marco, hablar de memoria e identidad cultural para el desarrollo en las redes digitales. Por fortuna, se observan en los últimos años contramovimientos para no vaciar el dominio cultural público de contenido y apegado a las comunidades de sentido, que ponen el acento, frente a la idea mercantil e individualista del copyright, la afirmación de las libertades públicas y los derechos colectivos, retos, a nuestro modo de ver, prioritarios de una cultura equilibrada para el desarrollo.

- c. *Libre flujo de la información, libre acceso a la cultura.* El diseño alternativo de desarrollo cultural y de memoria digital exige definir un modelo de regulación adaptado a las nuevas prácticas culturales ajenas al mercado. Desde la Declaración de San José, sabemos que el derecho al libre acceso a la información debe ser entendido como derecho a la cultura y al desarrollo, afirmando y reconociendo el carácter comunitario, público, del arte y la cultura, más allá de la dependencia tecnológica, y de la obsolescencia de la propiedad intelectual. Ello vuelve a poner en la agenda de discusión la crítica a la idea de libre flujo de información, cuestionando el papel del Estado-nación en un horizonte de economías de escala que, tal y como criticara la teoría de la dependencia, deriva en una creciente colonización y control de los sistemas de comunicación y los códigos culturales. En este marco, es necesario repensar las políticas públicas desde la descentralización, valorizando el papel o nuevo rol, como plantea la ciencia regional, de los operadores subestatales (municipios y regiones), más allá de la negación, como critica el profesor Ramón Zallo, de las lógicas de la globalización neoliberal.
- d. *La reformulación de la creación como obra social.* Decía E. H. Gombrich que el arte es aquello que dicen qué es los artistas, y ser culto es, de algún modo, prestar culto al autor. Por ello, como señala Vicente Verdú, lo creativo termina por resultar recreativo. De ahí la necesidad de plantear el paso del concepto de genio de la Modernidad ilustrada y la consecuente visión de la autoría y la innovación desde

- el individualismo metodológico, a una lectura transversal, comunitarista y socializadora, propia de los tiempos posfordistas de la era digital, propia del tiempo de las multitudes proliferantes y cooperativas. En esta materia, es necesario explorar metodologías y políticas de archivo basadas en estrategias dialógicas, críticas y participadas por la sociedad, integrando modelos sociales y colectivos de gestión de la red frente a monopolios como Google.
- e. *Cooperación social*. La crítica a la hipostización del derecho de propiedad intelectual y la afirmación de los derechos colectivos no es solo una crítica a la racionalidad tecnológica mercantil, sino más allá aún la reivindicación de la apuesta por nuevos modelos de cooperación social entre agentes culturales y del conocimiento. Si la era de la memoria global en la cultura Google se rige por el principio de *divide et impera*, reforzando aún más el principio de la división Internacional del Trabajo Cultural (Yúdice/Miller dixit), la tarea de otra política cultural y desarrollo posibles pasa por el rediseño de procesos participativos y autogestionarios a partir de otros indicadores de calidad e innovación que trasciendan el marco lógico de la política científico-técnica neoliberal, haciendo en verdad realizables los principios enunciados, retóricamente, por instituciones como la Comisión Europea, en su documento “Ciencia y Sociedad”.
- f. *Caracoles y máquinas, cerebros y manos*. Ello implica una visión inmanentista de la información y el conocimiento, del desarrollo y la cultura, a partir de procesos endógenos de despliegue lento de las culturas populares, heredadas en los tiempos de transformación carnavalesca, en la escucha atenta de las comunidades, de sus voces e imaginarios, en el tiempo de los caracoles, frente a la velocidad de escape de las máquinas de procesamiento acelerado de información. Esto es, como en su momento representó la idea de soberanía alimentaria y cultura lenta del movimiento *slow food* frente a la comida rápida o comida basura, en nuestro ámbito de la comunicación debemos procurar articular una nueva ecología cultural sostenible,

la de los caracoles, parafraseando la metáfora maya, basada en la ‘triple r’: reciclar, renovar y reducir.

Conclusiones

Más allá de la reedición de la historia como farsa, los acontecimientos presentes en este artículo apuntan la necesidad de abordar cuestiones sustantivas sobre el decir (información) y el hacer (acción política) en tiempos de libre comercio. Primero porque socava las bases de toda posible convivencia democrática, y segundo porque el conflicto, la guerra económica y social, anula toda posibilidad de mediación pacífica, instaurando la violencia como forma de resolución del antagonismo y salida a la crisis. Esto es, en el escenario que configura el Capitalismo Cognitivo toda voluntad de construcción de alternativas democráticas es tipificada como utópica, como inviable, o directamente fuera de la ley, en función de un proceso de inversión semiótica por el cual el capital rentista aparece como única garantía de salida a la propia crisis, dado que el capital financiero apuesta sobre el futuro, y funciona como una representación general de nuestras futuras capacidades productivas comunes. “[Aunque] el lucro del capital financiero es probablemente la forma más pura de expropiación de lo común” (Negri & Hardt, 2004, p. 182). Esto es, en las nuevas condiciones del capitalismo extremo las clases dominantes recurren a una lógica de los silencios estableciendo marcos normativos y constitucionales de excepción y exclusión de toda mediación democrática. La pérdida de control de la política monetaria y, en general, el dominio del capital financiero internacional en su ofensiva de recomposición de la tasa de ganancia se ha traducido, especialmente en el propio campo de la comunicación, en la imposición de la lógica especulativa, de subasta y concentración, liquidando todo control público (sea eliminando proyectos institucionales de regulación, sea interviniendo contra gobiernos de progreso que no garantizan la flexibilidad necesaria para un rápido e intensivo proceso de acumulación, en virtud del programa

de legitimación del proceso de expropiación impulsado por el capital financiero internacional).

En este escenario, al tiempo que se precariza la autonomía del sector de la comunicación y las condiciones de producción de los intermediarios culturales, los Estados-nación ven cercados sus dispositivos de regulación de las políticas públicas por una cobertura espectacular de la crisis que naturaliza el Estado Nacional de Excepción Permanente, lo que en algunos casos se ha traducido en procesos de privatización de los medios públicos, su reducción drástica (en personal laboral e incidencia social) cuando no su cierre extraordinario, como en el caso de Grecia. No de otro modo es posible hoy el proceso de acumulación del capital. Ciertamente, la revolución digital ha liquidado, en el tiempo y en el espacio, los límites de explotación intensificando la movilidad del capital-dinero por medio de la financiarización de la economía, pero básicamente la recomposición de las condiciones sociales existentes para la recuperación de la tasa de beneficio del capital rentista solo es posible a partir de las contrarreformas por las que las políticas públicas de mediación autoritarias, basadas en el principio de gobernanza y excepcionalidad, hacen posible la expropiación de la riqueza y la contención de las demandas sociales.

En esta lógica devastadora y liquidacionista del capital, el papel de los medios de comunicación, como intermediarios simbólicos, adquiere una función nuclear que ha de ser pensada desde la perspectiva crítica de los derechos humanos. La regulación y control de la información en el mercado de valores constituye de hecho un problema estratégico para el propio capitalismo, y no tanto por los problemas de corrupción y abuso de información privilegiada en el intercambio bursátil, que es la regla que confirma la lógica estructural del sistema, sino más bien por los problemas de confianza y equilibrio global del capitalismo. La subida o brusca caída de la contratación de un valor pueden ocasionar efectos imprevisibles en la estructura económica nacional de un país o amenazar, como estamos viendo, la propia estabilidad del sistema. ¿Cómo hemos llegado a esta situación? Volvamos a la historia.

De la era Reagan a las proclamas parafascistas de la *Fox*, pasando por la doctrina del shock de los Chicago Boys en Chile, y la instrumentación activa de los medios de comunicación para ampliar las tasas de beneficio del capital especulativo y rentista, es posible rastrear una historia oculta, un hilo rojo y lógica de dominio, eludida y apenas representada por la academia y la opinión pública, que nos permite comprender el papel estratégico de la mediación espectacular en la actual cobertura de la crisis financiera internacional. Este proceso tiene su génesis en la progresiva mercantilización de la industria periodística y en la paulatina dependencia del capital financiero internacional, por las que hoy se restringe y anula toda posibilidad de pluralismo ideológico y diversidad editorial en el tratamiento de las alternativas de salida del círculo vicioso implementado por los amos del mundo y de la información en lo que podemos considerar, sin duda alguna, un proceso ideológico de imposición del terror y de propaganda, ideado con el único objetivo de imponer la sumisión de la población al entramado de intereses de Wall Street y, en general, del capital rentista.

En esta operación, el discurso informativo espectacular es un discurso terrorista:

La sociedad del espectáculo manda utilizando una antigua arma. Hobbes reconoció tiempo atrás que a los efectos de una dominación adecuada la pasión más efectiva es el miedo. Para Hobbes, es el miedo el que conduce y asegura el orden social, y aún hoy el miedo es el mecanismo primario de control que inunda la sociedad del espectáculo. Aunque el espectáculo parece funcionar mediante el deseo y el placer (deseo de mercancías y placer de consumo), lo hace en verdad mediante la comunicación del miedo; es decir, el espectáculo crea formas de deseos y placer que están íntimamente asociadas al miedo (Negri & Hardt, 2000, p. 157).

La construcción noticiosa del pánico moral de las multitudes impulsada por la prensa valida la hipótesis de Klein sobre la doctrina del shock como pérdida de sensibilidad y conciencia de la situación real vivida. Del Chile de Pinochet a la guerra de Irak, pasando por los conflictos de los profesionales del silencio, las ideas de Milton Friedman cobran hoy

actualidad en una situación de Estado de emergencia en el que, como critica Agamben, la excepción es la norma y la mediación informativa una comunicación del pavor orientada a reproducir la narrativa estática del neoliberalismo, esto es, el aislamiento físico, psicológico y, claro está, político, contra las medidas de expropiación de los bienes comunes por las clases opulentas.

Ello es posible porque existe un estricto control de las fuentes de información y los paisajes mediáticos. Apenas tres grandes medios y agencias de referencia (Reuters, Wall Street Journal y Financial Times) controlan el 80% del flujo de la información especializada. Así, cuando observamos la cobertura de la crisis económica, los procesos de volatilidad extrema con bajadas de un 9,1% y rebotes al alza, hay que preguntarse quién está controlando los mercados, qué sentido tiene el proceso de especulación y cuál es la conexión e intereses compartidos de los grandes medios que marcan la agenda de la información económica internacional con los beneficiarios del proceso de especulación. Más allá de la visión complaciente de la llamada nueva economía, los tiempos en el que la informatización y el gobierno telemático del flujo acelerado de capitales se ha impuesto en el desarrollo de las finanzas, nos sitúan ante la necesidad de confrontar, más pronto que tarde, en la gestión del riesgo y las inversiones especulativas, el problema de la democracia especialmente en el momento, por ejemplo, que se visibiliza con violencia el proceso de desmontaje y apropiación de las reglas del juego por un selecto grupo de conspiradores contra el Estado y los bienes comunes. La historia oculta de la revolución conservadora y de la privatización paralegal de los sistemas de información pública, de Reagan a nuestros días, da cuenta de esta tensión y debe ser el punto de partida cuando se cuestiona el papel de los medios y del Estado en el debate público y la salida a la crisis en situaciones como la de Grecia o Ecuador.

En esta línea, el reto de la reflexividad, que implica una visión política de la comunicación y las nuevas tecnologías, es una tarea cuyo compromiso por las entidades locales y las organizaciones cívicas está por definir en el proceso de apropiación y socialización de los nuevos

medios en la Sociedad del Conocimiento. El problema con el que nos encontramos es que las formas individualizadas de socialización de las nuevas tecnologías impiden hoy la factibilidad de esta propuesta ante la progresiva fragmentación y la despolitización y atomización de los movimientos sociales y la acción colectiva de los poderes públicos que afectan con especial intensidad a las entidades locales. Mas el acceso y participación restringida en la producción y distribución de contenidos no es el principal problema con el que nos enfrentamos al tratar de definir procesos participativos con los nuevos medios. Más importante aún es que el derecho a la participación no es definido cualitativamente en el conjunto genérico de derechos y deberes del Estado moderno. Tampoco la ciudadanía digital tiene el reconocimiento jurídico y preciso para incidir en dinámicas deliberativas y de participación a través de la red, salvo como iniciativa de voluntarismo político del gobierno o administración local de turno. Se constata por tanto que las necesidades de comunicación para el desarrollo local plantean la exigencia desde los poderes públicos municipales del reconocimiento de los derechos colectivos a la comunicación, a expresarse, a informar y ser informado, a dialogar y tramar redes ciudadanas a través de los nuevos sistemas de mediación. En otras palabras, el problema de las políticas locales debería ser cómo evaluar y definir la participación como apuesta por una democracia radical y pluralista, máxime cuando la definición de la cultura como recurso viene condicionada por las políticas internacionales de desarrollo en la gestión, almacenamiento, distribución y organización del acceso a los bienes simbólicos, sujeta a las condiciones de circulación y valorización transnacionales del capitalismo.

La resolución de este reto exige, claramente, reformular radicalmente los preceptos de la democracia representativa descentralizando los sistemas de información y decisión pública más allá de los modelos de extensión y organización basados en la racionalidad eficiente típicos del paradigma informacional. En la medida que la ciberdemocracia proyecta un nuevo escenario o espacio público, nuevos métodos y posibilidades democráticas para la participación activa de la ciudadanía, y

sobre todo una nueva concepción del espacio y de la mediación con el concurso activo de la ciudadanía, las políticas públicas deben tratar de responder con inteligencia a esta nueva realidad emergente cuestionando la noción misma de ciudadanía y el marco jurídico de la participación en el Estado social de derecho en el marco de evolución del Estado-nación al Estado móvil que prefigura el Capitalismo Cognitivo.

Pensar la participación ciudadana significa hoy reflexionar sobre las mediaciones y las distancias, las prácticas culturales y los marcos cognitivos de reflexividad e imaginación política. Las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías para la construcción colectiva del desarrollo local plantean como necesaria la interacción ciudadana con los sistemas modernos de comunicación, la cooperación y organización de redes cívicas y, sobre todo, el diseño de la organización del cambio social basado en la creatividad individual y grupal. Como nunca antes, hoy es el ciudadano quien, de consumidor a creador cultural, protagoniza las transformaciones del nuevo ecosistema mediático desde nuevas bases y paradigmas que sobre todo tienen lugar en el Sur, en América Latina, con experiencias como la Plataforma Participa y el Código Ingenios.

Si en los años setenta Europa era la referencia de progreso, hoy todo el mundo observa con interés las propuestas innovadoras de la región. En esta línea, si el lema que preside CIESPAL es que “la comunicación es un derecho”, en los próximos cinco años tenemos el reto de proyectar otra comunicación para la dignidad y los derechos humanos de los pueblos latinoamericanos, liderando el proceso de cambio que vive la región, desde un enfoque crítico, en tanto que nodo central de mediación del pensamiento, la técnica y el saber comunicacional para el cambio histórico posible y necesario que aborden las cuestiones centrales antes expuestas. El contexto político no hacía posible, hasta ahora, esta apuesta, pero en el último lustro es evidente que ha llegado el momento de repensar la comunicación reavivando el llamado ‘espíritu McBride’. Es así que iniciamos en CIESPAL un proceso de reconstrucción del conocimiento propio para promover una Comunicología del Sur, una co-

municación para el buen vivir revolucionaria, que inspire otra práctica y pensamiento comunicacional en todo el mundo.

En este empeño, el nuevo período que iniciamos en julio de 2014 viene marcado por un proceso instituyente de reconstrucción y puesta en valor del legado histórico de nuestra organización.

A partir de un abordaje necesariamente interdisciplinar de problemáticas y realidades tan diferentes como los derechos culturales, la economía de las industrias creativas y las nuevas lógicas de mediación del espacio público, el compromiso aquí y ahora, de toda mediación intelectual pasa por alimentar un proceso y visión ya cultivada en iniciativas como Ulepicc, conformando redes académicas, procesos de empoderamiento de la teoría y la praxis transformadora, con el fin de sentar nuevas bases materiales que hagan posible el derecho a la palabra de las minorías y grupos subalternos.

El recobrado interés por las identidades y comunidades locales que nos vinculan y distinguen tiene lugar hoy en un momento en el que se están fijando nuevas demarcaciones culturales, formas ‘invisibles’ de delimitación, que establecen márgenes de libertad y restricciones, estructuras desiguales e injustas de división internacional del trabajo cultural que nos excluyen y ‘limitan’, imponiendo lógicas de reproducción que esterilizan la capacidad de nuestras culturas populares para crecer y subsistir en el nuevo dominio científico-técnico de la Sociedad del Conocimiento. En esta lógica de distinción y ordenamiento, el reconocimiento de los ‘lugares comunes’ que nos vinculan y, de algún modo, nos afectan, debe servir para poner en valor nuestro patrimonio cultural diverso en función de un proyecto económico, político y cultural, que transforme la necesidad en virtud, más allá, desde luego, de los muros simbólicos y las aduanas económico-culturales que mantienen aislados en una estéril diferencia, los modelos y matrices de la rica biodiversidad latinoamericana, en virtud de la indiferencia ante la suerte o deriva del aislamiento del ‘otro’, o, en palabras de García Canclini, por la tradicional desigualdad y desconexión de la realidad latinoamericana en la era de las redes y la conectividad global.

Si la economía política de la comunicación, o más ampliamente la economía política del conocimiento, aspira a proyectar formas de habitar e imaginar el mundo diferentes, ecológicamente potentes y articuladas, integradas socialmente y productivas desde el punto de vista cultural, la teoría crítica latinoamericana debe para ello acometer al menos tres tareas estratégicas en su programa de trabajo:

1. Identificar, a modo de 'lectura sintomática' (Althusser, *dixit*) la trama de problemas y teorías con las que se conciben las realidades persistentes del nuevo entorno informativo: la red de discursos, tendencias y construcciones conceptuales que la definen con el fin de reconocer el campo de luchas y voces que hoy enmarcan los límites de la acción y el pensamiento emancipadores en la región. En este empeño, el concepto-fetiché de 'globalización' constituye hoy el principal referente teórico que determina el debate político e intelectual en el campo de la comunicación. El modo de tratar estos cambios y sus implicaciones ideológicas es, como sabemos, divergente. Por lo general, como resultado del alcance de las modificaciones experimentadas en la cultura, la trama compleja y contradictoria de los efectos socioculturales producidos por la globalización ha dado pie a reeditar recurrentes formas de reduccionismo del fenómeno globalizador poco ilustrativos a la hora de desentrañar prospectivamente posibles tendencias de futuro en Latinoamérica. Esta cultura de investigación ha condicionado en las dos últimas décadas incluso el trabajo científico de reputados y comprometidos analistas, de tal manera que hoy prácticamente son marginales las propuestas que, desde una visión global y totalizadora, pretendan dar cuenta de la lógica de la mundialización informativa a partir de la crítica económico-política de la comunicación. Antes bien, el peso de la mayoría de los análisis de la globalización mediática recae en el factor tecnológico, actualizando fórmulas deterministas cuestionadas hace años por su visión limitada de la lógica comunicacional. Los estudios sobre la naturaleza informada

de la sociedad contemporánea en el pensamiento social dibujan así en nuestro tiempo un escenario contradictorio, y relativamente indeterminado, según la inercia de las propias máquinas de informar. El trabajo de Manuel Castells representa, a este respecto, el ejemplo más acabado de descripción y definición conceptual de la sociedad que asoma entre las estructuras culturales del universo mediático desde una lectura pretendidamente crítica y reflexiva que reproduce viejos dualismos y oposiciones binarias poco propicias para la construcción social del universo de la comunicación-mundo, con la consiguiente renuncia a la perspectiva sociológica urbana que inspiraron sus primeros trabajos. La tendencia de mundialización y convergencia global de la economía y la cultura en el nuevo sistema-mundo que está transformando la estructura material de la información requiere por ello una revisión de las teorizaciones habituales que, más allá del idealismo pancomunicacional y del determinismo tecnológico, asuma la radical revolución capitalista en el campo de la cultura, vinculando las actuales formas de desarrollo informacional con la gramática del capital, con la lógica del valor y la subsunción real de los mundos de vida por el capital. Vaya por delante pues esta primera conclusión: si la globalización informativa es el principal vector de los radicales cambios que hoy organizan las formas hegemónicas de poder, pensar sus territorios, el espacio del mercado, de las marcas y marcos políticos de producción cultural que organiza y atraviesa el Capital es, inevitablemente, la condición de todo saber sobre la comunicación. Y ello pasa por superar las lecturas distributivas de la sociedad global de la información por teorías productivas, dejar de observar la circulación acelerada de valores simbólicos y mercancías para atender, como criticara Marx, los sistemas de producción, desde una visión global de los problemas y procesos sociohistóricos, en un momento de progresiva interconexión, convergencia y articulación de los diversos espacios y realidades humanas. Es precisamente en esta necesidad de trascender la

tradicional fragmentación y compartimentación de la realidad por el conocimiento científico la que sitúa en una posición privilegiada a la crítica filosófica, política y teórica de la economía política de la comunicación frente al conocimiento instrumental que inspira no solo el funcionalismo sociológico de la Mass Communication Research y sus epígonos de la teoría social de la información, sino también la pretendida apertura de los estudios culturales contemporáneos que, en el campo de nuestro estudio, reproducen por lo general la tendencia al aislamiento de la experiencia histórica y de los condicionamientos político-ideológicos sobre los que se proyecta todo campo de trabajo intelectual, convirtiendo así la crítica teórica en, como irónicamente apunta Eagleton, retórica e ilusionismo posdemoderno. En este sentido, la lógica transversal de los procesos informativos contemporáneos como base de los sistemas de valor del nuevo modelo de regulación social no solo rompe las fronteras y los sistemas de valor del nuevo modelo de regulación social, sino que además hace visible las contradicciones sociales que traslucen los discursos científicos y las políticas públicas que articulan el proceso de cambio acelerado de la posmodernidad, llámese o no economía creativa.

2. Para que estas contradicciones sean dialécticamente productivas, parece conveniente, en la actual crisis y marginalidad de los estudios económico-políticos o, genéricamente, crítico-materialistas de la comunicación, un análisis genealógico de reconstrucción histórica, a modo de retrospectiva disciplinaria, que haga comprensible las contradictorias condiciones sociales, académicas y político-culturales que determinan el alcance del pensamiento emancipador en comunicación desde el punto de vista de los temas, métodos, problemas y saber acumulado sobre las nuevas formas de mediación. El primer reto, sin duda, es la reconstrucción histórica de la formación de nuestros objetos de conocimiento. Y es vital que este proceso se haga en regiones culturales como Latinoamérica precisamente por su situación periférica en el sistema global de

información, puesto que la mirada excéntrica y excluida de la teoría crítica latinoamericana es la que mejor puede favorecer la reconstrucción de las lógicas incluyentes de la sociedad global, haciendo explícitos, discursivamente y en la práctica cultural, las reglas, formas de control y dispositivos reguladores del modelo dominante de globalización informativa no solo en el ámbito de las industrias de la conciencia, sino más allá aún respecto a las lógicas de producción del conocimiento comunicacional que determina la actual división internacional del trabajo intelectual. Máxime si consideramos que el campo de la producción, circulación y consumo acelerado de mercancías culturales, pero también el de la producción mediatizada de la vida, de los procesos biológicos y cognitivos, constituyen el núcleo de control de desarrollo de la sociedad global y sus asimetrías. De modo que el estudio de los problemas convencionales de la economía política de la comunicación no pueden ya circunscribirse a la dimensión social de la comunicación sino que han de tratar de concebir y religar tales procesos socioculturales con la producción industrial de las mentes y los cuerpos en el trabajo humano (en un sentido antropológico) y el problema estratégico del conocimiento en la valorización y reproducción de la vida social y humana y los sistemas de reproducción sociocultural. Dejó escrito José Carlos Mariátegui que, por lo general, quien no puede imaginar el futuro tampoco puede imaginar el pasado. Por lo mismo, quien no piensa el pasado poco o nada puede proyectar en el horizonte histórico. Nuestro tiempo, sin embargo, si por algo se distingue es por la preeminencia de una cultura pragmática y una percepción del presente perpetuo, marcada también en el plano teórico, por el olvido de la historia, y la negación de toda lectura crítico-interpretativa sobre las ‘cenizas del pasado’. La complejidad y velocidad de los cambios informativos han penetrado tan profundamente en las estructuras y formas de sociabilidad que la naturalización, en el terreno del discurso público, de las lógicas dominantes de mediación simbólica se han revestido

de tal consistencia y opacidad, que, bajo la apariencia de una falsa transparencia, parecen irreductibles a la crítica científica, mientras el proceso de estructuración y organización de la comunicación y la cultura pública incide en las lógicas de dominación y desigualdad material y simbólica características del modo de producción capitalista. La paradoja, no obstante, de la actual circulación acelerada de sujetos, mensajes y mercancías es que termina por disolver las condiciones sociales que hacen materialmente posible y necesario el intercambio, las formas de anclaje simbólico de la experiencia posmoderna, perdiendo su valor de uso, su potencia de vida, con las que garantizar la reproducción sociocultural, determinado como está el intercambio mercantil por la notoria ‘desimbolización’ y la ‘desublimación’ absoluta del mundo. El desarrollo de la sociedad global de la información prefigura en este sentido un nuevo escenario de transformaciones tecnológicas y sociales, cuyo alcance plantea radicales dilemas éticos, económicos y políticos sobre los que los profesionales de la educación y la cultura deben diseñar nuevas herramientas de pensamiento e intervención social. Desde el punto de vista del pensamiento latinoamericano, el problema a este respecto es que la voracidad liberalizadora del capitalismo tardío afecta hoy directamente de forma decisiva al campo simbólico y del imaginario, necesitado como está de consumir su producción intensiva y acelerar así el proceso de circulación y valorización del capital, terminando por reducir la propia capacidad humana de pensar. En este escenario histórico, la pregunta recurrente que de nuevo debe afrontar la teoría crítica latinoamericana en comunicación es ‘¿qué hacer?’. Tenemos por delante problemas urgentes como la inclusión digital, el pluralismo y la diversidad cultural en los medios y, más allá aún, el sentido mismo de ser ciudadano en un mundo global abierto y culturalmente ‘con/fuso’. Cómo abordar con garantías de éxito estas cuestiones apremiantes para la Comunicología, desde un enfoque transformador, cómo construir democracia, democratizando el conocimiento comunicológico es el marco lógico de partida para pensar,

cincuenta años después, el legado y contribuciones del pensamiento emancipador. Desde luego, en este empeño, la comunidad académica y los ciudadanos comprometidos en la lucha por un orden social de la información justo y equilibrado deben agradecer el esfuerzo que movimientos políticos y sociales como el Foro Social de Porto Alegre han venido liderando para dar testimonio, como en su tiempo hizo CIESPAL, de la existencia de una otra comunicación posible.

3. Finalmente, el programa de trabajo de la economía política de la comunicación no puede ser epistemológicamente coherente con su lógica científica si esta forma de ‘triangulación recursiva’ no es acompañada por el cuestionamiento de las formas de posicionamiento y compromiso social de la teoría con la praxis de los movimientos sociales de la región en su proyección histórica, religando la actividad investigadora con la mirada y el afán emancipador de estos colectivos. De lo contrario, se terminaría reeditando el fracaso del Nomic y del aislamiento social, y en definitiva político, de la teoría crítica, como ya sucediera hace décadas. Si bien las contradicciones fundamentales de este nuevo orden imperial pueden parecer imperceptibles por el control totalitario del mando informacional, mostrándose ilocalizables, invisibles y elusivos los puntos de articulación y transformación liberadoras, las alternativas de cambio y movilización colectiva proliferan y se multiplican en los pliegues del sistema. Así, las formas reticulares de lo espectacular integrado no solo organizan los procesos de reproducción sino también las formas de cooperación y comunicación social dentro y fuera del sistema. Ahora, ¿desde qué bases y perspectivas puede activar el poder de la crítica sus dispositivos emancipadores?, ¿qué alternativas tenemos para la acción transformadora?, ¿cómo pueden ser reorientados los medios y tecnologías de la información en un sentido democrático?, ¿qué líneas y ámbitos de actuación son prioritarios para el diseño alternativo de una sociedad de la información, en verdad, para todos?

Como anticipamos, en este proceso no se puede partir de cero. Las redes cívicas, los telecentros comunitarios o las plataformas públicas altermundialistas están generando formas innovadoras de apropiación y uso de las NTIC que deben ser exploradas y asumidas conceptualmente en la revitalización de los procesos creativos de organización y desarrollo social. Los movimientos sociales demuestran hoy una gran capacidad de innovación y creatividad social, además de un grado de conocimiento y conciencia comunicacional, mucho más elevada que hace décadas, al disponer de herramientas de reflexividad y autoorganización de gran potencia y complejidad en la evaluación de sus acciones y transformación del entorno. Las organizaciones sociales son hoy, en otras palabras, comunidades inteligentes dispuestas para la acción y el cambio social. Y este es, a nuestro modo de ver, la principal aportación de las NTIC, que nos lleva a pensar la comunicación vinculada a la acción, al desarrollo y necesidades radicales de los sujetos y conjuntos humanos. Posibilidad que el propio desarrollo tecnológico del sistema capitalista aporta, pero que no puede realizar en el interior del mismo, sin la acción transformadora y creativa de autoorganización de los sujetos, de los trabajadores intelectuales o intelectualizados del nuevo capitalismo electrónico. Ante esta limitada socialización de la información, el conocimiento y los nuevos medios de expresión y reproducción cultural, la comunidad académica de la comunicación debe hacer frente a las insuficiencias teórico-conceptuales y metodológicas de una cultura investigadora que abstrae las condiciones reales de construcción del saber y anula la potencia creativa y autónoma de lo social, desvinculando física, material y mentalmente los nodos de la red que nos produce y hace hoy potencialmente viable la transformación del mundo del capital.

En este sentido, es necesario, de acuerdo con el profesor Tremblay, una función de recomposición de la posición de observación del intelectual pero también de la mudanza de objetos. El futuro de la teoría crítica pasa por un incesante trabajo de deconstrucción tanto de los procedimientos como de las ideas, renovando las formas de expresión del análisis y abordando la realidad multidimensional del debate democrático en

comunicación, y en general de las ciencias sociales, como un problema de articulación productiva con el proceso de cambio e innovación de nuestra posmodernidad. En ello nos jugamos el futuro, y en nuestros países periféricos la posibilidad misma de desarrollo. Convendría subrayar sobremanera este hecho, porque el campo iberoamericano en comunicación no es del todo consciente de esta particularidad característica de nuestro tiempo y de la división internacional del trabajo cultural en el Capitalismo Cognitivo, o, como califica Groys (2005), de la verdadera naturaleza de la nueva economía cultural. Pero no siempre fue así en la tradición latinoamericana. Desde *Para leer al Pato Donald*, el pensamiento crítico en comunicación ha procurado deconstruir el proceso neocolonialista de las industrias culturales y de la teoría funcionalista o etnocéntrica occidental, hibridando, releyendo, reescribiendo de nuevo la historia y el pensamiento desde su topología y mundos de vida.

Hoy, sin embargo, cierta deriva conservadora en la teoría social niega la lógica productiva de toda enunciación y manifestación cultural, incluido como es lógico el discurso científico, ante lo que podríamos calificar como nuevo idealismo culturalista que, por poner un caso como el de algunos estudios poscoloniales hoy hegemónicos en la India, terminan por ser inconscientes de la geopolítica global y del hecho material, concreto y evidente –de sentido común, que diría Pasolini– de una realidad dominante en la que empresas como Disney marcan las condiciones o marcadores ideológicos como actores globales con mucho mayor peso e influencia cultural que antaño, a la hora, por ejemplo, de construir arquetipos islamófobos en filmes como *El rey león* o de organizar nuestro tiempo libre como ‘neg/ocio’, en un proceso de expansión ilimitada. Frente a esta praxis teórica negacionista, convendría recordar que, en la era del trabajo inmaterial, en la era del acceso y la cibercultura, la ‘fábrica social’ se fundamenta, más allá o más acá de Marx, en un proceso de trabajo, hoy básicamente inmaterial.

Esto significa, que pensar los puntos de observación es apostar por un ‘análisis sintomático’ que debe hacer emerger lo real proyectando nuevas prácticas instituyentes, un nuevo pensamiento y praxis social

capaz de pasar de la cultura de la resistencia a la razón emancipadora en movimiento a partir, cuando menos de tres compromisos intelectuales:

- Socialización de los sistemas de información y conocimiento hoy asimétricos en las lógicas de distribución del mercado.
- Visibilización de lo procomún oculto o mixtificado.
- Antagonismo político cultural de las formas cosificantes y hegemónicas de ‘inversión cultural’.

Estas tareas propias de la teoría crítica de la mediación constituyen también la matriz fundamental del pensamiento filosófico emancipador, que debe siempre hacer visible lo invisible, concretar la abstracción de lo real, aproximar y hacer comprensibles las formas distintas de sociabilidad. Tareas todas ellas dirigidas a subvertir el universo simbólico mediatizado por el fetichismo de la mercancía al desplegar un esfuerzo de reenunciación del trabajo del mercado sobre el imaginario social, generando antagonismo en la creación entre el circuito de producción y el consumo de bienes. El objetivo: fundar espacio público liberado para la ciudadanía, una esfera pública no estatal para las multitudes. Pero esto no es posible si no asumimos el desplazamiento, o paralaje, de posición de observador:

- Del intelectual como vanguardia al dispositivo de reflexividad en común.
- Del intelectual, intérprete omnisciente, al codificador, reductor de complejidad.
- Del pensador textualista y logocéntrico al productor de acontecimientos y rupturas del relato espectacularizado y cosificante de la industria de la cultura y el sistema de ciencia y tecnología.
- Del intelectual adusto y monológico al irónico paralaje de campos de observación transversales.

En coherencia con esta visión praxiológica, la función de la inteligencia debe recuperar su inmanencia y potencia transformadora, ha de fungir en su verdadera materialidad y realizarse en su despliegue como escritura, en forma de ‘verbo hecho carne’, si nos permiten la expresión, de manera carnavalesca.

Si la Modernidad, que se presenta como lo nuevo en contraposición con lo arcaico y residual, como lo progresivo y avanzado frente a lo tradicional o atrasado, opera por reproducción de lo igual o serialización de lo mismo, la defensa de la singularidad, de la potencia creativa de los sujetos es tratar de experimentar, en palabras de Adorno y Horkheimer, el actuar y padecer reales, reconocer la potencia liberadora de la vida, y del deseo de las multitudes, en el paso, de acuerdo con Boaventura de Sousa Santos (2003), de la inteligencia universalista a la hermenéutica diatópica de una Modernidad sensible y una inteligencia plural que trasciende el epistemicidio de la Modernidad occidental colonizadora.

En definitiva, es el tiempo de una Comunicología del Sur, la hora de la apuesta por la transgresión, una ruptura simbólica o, por decir de Bolívar Echeverría, una suerte de salida diferente de otra Modernidad posible desde el ‘*ethos* barroco’. Un ejercicio, sin duda, de palimpsesto y configuración de la escritura dominante. Apasionante reto para el Sur sin duda, la era del Capitalismo Cognitivo.

Referencias bibliográficas

- Barbalho, A. et al. (orgs.) (2011). *Cultura e desenvolvimento. Perspectivas políticas e económicas*. Salvador: Edufba.
- Bohman, J. (1996). *Public Deliberation: pluralism, complexity and democracy*. Cambridge: MIT.
- Blumler, J. G. & Coleman, S. (2001). “Realizing Democracy Online. A Civic Commons in Cyberspace”. En *IPPR / Citizens Online Research Publications*, No. 2, marzo. Disponible en <<http://www.ippr.org.uk>>.
- Burgelman, J-C. (2003). “A New Paradigm for eGovernment”. En *IPTS Report*, Issue October. Disponible en <<http://www.jrc.es/home>>.
- Centeno, C.; Van Bavel, V. & Burgelman, J-C. (2004). *eGovernment in the EU in the next decade: The vision and key challenges*. Sevilla: IPTS / European Commission.
- Cocco, G. (2001). *MundoBraz. O devir-Brasil do mundo e o devir-mundo do Brasil*. Río de Janeiro: Record.

- Comunicación Comisión Europea (2004). *Challenges for the European Information Society beyond 2005*, 19 November 2004.
- De Sousa Santos, Boaventura (org.) (2003). *Democratizar a democracia. Os caminhos da democracia participativa*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- European Commission (2003). *Communication. The Role of eGovernment fo Europe's Future*, COM (2003) 567 of 26 Sep. 2003.
- European Insitute of Public Administration (2003). *eGovernment in Europe: The State of Affaire*, EIPA. Disponible en <http://www.eipa.nl>.
- Finquelievich, S. (coord.) (2005). *Desarrollo local en la sociedad de la información. Municipios e Internet*. Buenos Aires: La Crujía.
- García Gutiérrez, A. (2008). "La política europea de la memoria. Una evaluación para-consistente". Mimeografiado.
- Gramberger, M. (2001). *Citizens as Partners. Handbook on Information, Consultation and Public Participation in Policy Making*. París: OCDE.
- Groys, B. (2005). *Sobre lo nuevo*. Valencia: Pre-textos.
- Guattari, F. (2004). *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Gurstein, M. (ed.) (2000). *Community Informatics: Enabling Communities with Information and Communications Technologies*. Hershey: Idea Group Publishing.
- (2005). "Uso efectivo: una estrategia de informática para la comunidad más allá de la brecha digital". En S. Finquelievich (coord.). *Desarrollo local en la sociedad de la información. Municipios e Internet*. Buenos Aires: La Crujía.
- Harvey, D. (2014). *17 contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN.
- Innerariti, D. (2006). *El nuevo espacio público*. Madrid: Espasa-Calpe.
- León, O. et al. (2001). *Movimientos sociales en la red*. Quito: ALAI.
- Lévy, P. (2002). *Ciberdemocracia. Ensayo sobre filosofía política*. Barcelona: Editorial UOC.
- Lewis, P. & Jones, S. (eds.) (2006). *Cutting Edge: Community Media and Empowerment*. NJ: Hampton Press.
- Lovink, G. (2004). *Fibra oscura. Rastreado la cultura crítica de internet*. Madrid: Tecnos.
- Manifiesto Acción de Bahía (2013). *Sistema Nacional de Cultura já! III Conferencia Nacional de Cultura*, Delegación Baiana, Brasilia.
- Ministerio de Cultura (2013). *Texto-Base III Conferencia Nacional de Cultura. Uma política de Estado para a Cultura. Desafios do Sistema Nacional de Cultura*. Brasilia: Ministerio de Cultura.
- Moreira da Silva, E. & Barros Soares, L. (orgs.) (2013). *Experiencias de Participação Institucionalizada*. Belo Horizonte: UFMG / Fafich.
- Moulier-Boutang, Y. (2004). "Riqueza, propiedad, libertad y renta en el Capitalismo Cognitivo". En VV. AA. *Capitalismo Cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Musso, P. (2003). *Critique des réseaux*. París: PUF.
- Navarro, V. (2003). "Crítica del concepto de Capital Social". En *Sistema*, Revista de Ciencias Sociales, No. 172, p. 27-36.
- Negri, A. & Cocco, G. (2006). *Global. Biopoder y luchas en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Negri, A. & Hardt, M. (2000). *Empire*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pérez Luño, A. (2003). *¿Ciberciudadani@ o ciudadani@.com?* Barcelona: Gedisa.

- Ramírez, R. (2014). *La virtud de los comunes*. Quito: Abya-Yala.
- Rubim, A.; Fernandes, T. & Rubim, I. (orgs.) (2007). *Políticas Culturais, Democracia e Conselhos de Cultura*. Salvador: Edufba.
- Sierra, F. (2006a). *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la Sociedad del Conocimiento*. Barcelona: Gedisa.
- (2006b). "Final Report: New Information Technologies, participation and active citizenship", Urbact Network Citiz@move, Urbact Secretariat, European Commission.
- (2006c). "Nouvelles technologies, participation citoyenne et développement local. Une perspective critique du changement social", Actes du Colloque International Démocratie Participative en Europe, Laboratoire de Études et de Recherches Appliquées en Sciences Sociales, IUT, Université de Toulouse.
- (2010). "Ciudadanía, comunicación y gobernanza local. Consideraciones para una nueva política de lo común". En F. Sierra, J. A. García Galindo, M. C. Ramos & N. del Bianco (orgs.) (2010). *Políticas de Comunicação e da Cultura: Contribuições acadêmicas e intervencao social*. Brasília: Casa das Musas / Intercom.
- (2012). "Cidadania, comunicação e ciberdemocracia". En M. C. Soares, M. M. Vicente, C. J. Napolitano & D. Rothberg (orgs.). *Mídia e cidadania: conexões emergentes*. São Paulo: Cultura Acadêmica.
- (coord.) (2013). *Ciudadanía, Tecnología y Cultura. Nodos conceptuales para pensar la nueva mediación digital*. Barcelona: Gedisa.
- Van Bavel, R. et al. (2003). "ICTs and social capital in the Knowledge Society". En *Technical Report Series*, EUR 21064. Sevilla: IPTS.
- Van Bavel, R.; Punie, Y. & Tuami, I. (2004). "Cambios en el capital social, posibilidades por las TIC". En *IPTS*, No. 85, Sevilla. Disponible en <http://www.jrc.es/home/report>.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Vizer, E. (2003). *La trama invisible de la vida social*. Buenos Aires: La Crujía.
- Yproductions (2009). *Innovación en cultura. Una aproximación crítica a la genealogía y usos del concepto*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Yudice, G. (2002). *El recurso de la cultura*. Barcelona: Paidós.